

CENITT

sociología
ciencia - literatura



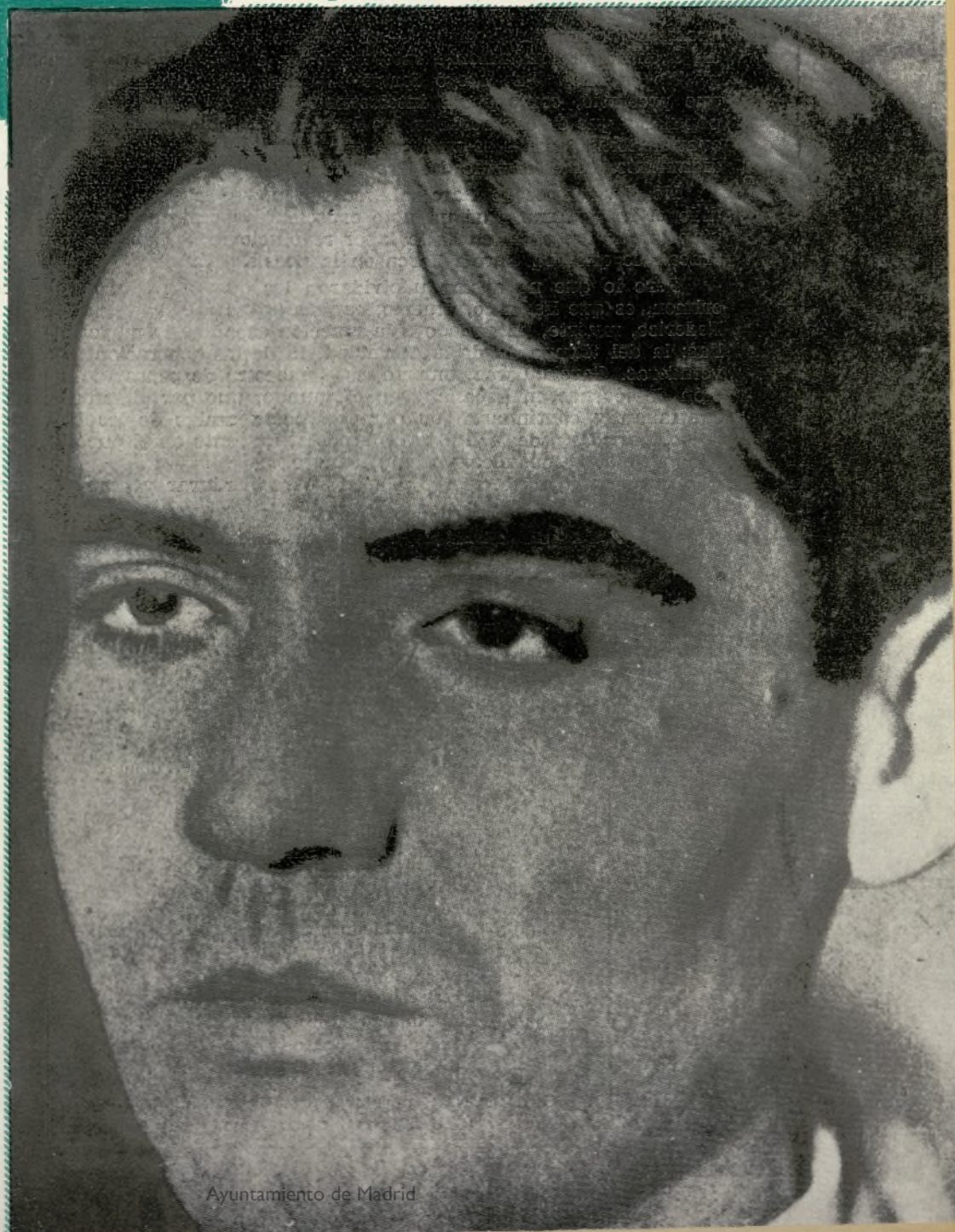
Germinal Esgleas: Hombres seguros. — **Hem Day:** Para comprender al bolchevismo. — **José Peirats:** Las individualidades en la Revolución Española. — **Federico García Lorca,** el poeta y su pueblo. — **E. Relgis:** La literatura de la guerra y la nueva era. — **Felipe Alaiz:** Positivismo integral. — Selección de **W. Muñoz:** El pensamiento vivo de **Han Ryner.** — **Conrado Lizcano:** Mito y Meta. — **Costa Iscar:** Justicia y derecho. — **Ángel Samblancat:** Serranilla Graya. — **Henry Bouyé:** El miedo a la denominación exacta. — **Denis:** Caim y Abel. — **Floreal Ocaña:** La pena de muerte. — **Alberto Carsi:** Baudelaire, el García Lorca francés. — **J. M. Puyol:** Cervantes: soldado, escritor y mártir. — **Suno:** Microcultura.

116

AGOSTO - 1960

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF



Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

FEDERICO GARCIA LORCA

El gran poeta sacrificado por el franquismo ha ganado hoy internacionalmente el combate contra la reacción. El, que tanto deseó contribuir al progreso social y político de España, que con tanta fe y entusiasmo se esforzó en llevar al pueblo la cultura, y el pueblo a la cultura, hoy vería su nombre convertido en sinónimo de afirmación de arte libre, de arte social, de arte humano.

Porque el mérito de García Lorca — que destaca acertadamente la profesora María Laffranque — es que no fué jamás un esteta; que fué un hombre profundamente interesado en el drama social y político del pueblo español. Que creyó fervientemente, sinceramente, en el pueblo; que presintió, como pocos intelectuales españoles, los tesoros del alma popular y que en ella residían las fuerzas renovadoras de España, que sólo cuando estas fuerzas se pusieran en movimiento, España marcharía decididamente por el camino del Progreso.

No. La muerte de García Lorca no fué un «error», como ha pretendido el franquismo. Fué un acto consciente y deliberado: al matarle sabían lo que mataban en él: la labor revolucionaria realizada por «La Barraca»: lo que era García Lorca en la poesía española.

Pero lo que no sabían u olvidaron los que perpetraron el horrendo crimen, es que Federico, muerto, es más grande todavía que vivo: es que Federico, muerto, ha ganado a la reacción española la mayor de las batallas: la del tiempo, la de la eternidad, la de las generaciones presentes y venideras. García Lorca, muerto, es el maestro de pensar de una generación de jóvenes en España y en el mundo, que por él, en él y para él continúan y continuarán su obra de poeta amigo de los humildes; de poeta, partidario de la libertad; de poeta, creyente en el pueblo; de poeta, hecho rima, ritmo, ideal, pasión, sangre...

En suma, todo lo que se necesita para perdurar y para fecundar.



REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma.

Colaboradores:

José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Dr. Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.
Semestre, 5,50 NF. Año, 11 NF.

Número suelto: 1 NF.

Paqueteros: 10 % de descuento.

Exterior: Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Giros: «CNT.», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort. TOULOUSE (Haute-Garonne).

Hombres seguros



L hombre no ha de adaptarse a las circunstancias, sino que ha de luchar con ellas, ha de hacerlas frente cuando están en desacuerdo con sus necesidades, con su manera de pensar y de sentir. Los que se amoldan no son los que renuevan y transforman. Crear un orden nuevo basado en la libertad y en la equidad social, dar cima a algo mejor que el Estado, que el capitalismo, que el totalitarismo dictatorial de no importa qué color, crear algo, que no sea lo de hoy, que no sea la continuidad histórica de la injusticia y de la tiranía, implica una voluntad tesonera individual y colectiva, la constancia de todas horas, una irreductible resolución, un empeño inquebrantable. Sólo los hombres convencidos de la bondad del Ideal anarquista y de su razón, los anarquistas por convicción, por temperamento, por estudio, por reflexión y por sentimiento, aquellos en que la llama del Ideal ha prendido en el propio ser, los que sienten la inquietud y la impaciencia de la realización de la Idealidad soñada y querida y no nublan su serenidad íntima ni lejanías, ni nebulras de horizonte, ni tormentas que se desencadenan a lo largo del camino a recorrer — senda siempre cruenta cuando es de lucha, y aun en el goce que la lucha significa, para los anarquistas — sólo esos, si, se mantendrán firmes.

Los hombres seguros, como los militantes, no se improvisan. Como no se improvisan cerebros. Como no se improvisan corazones. Como no se improvisan vidas. Y sería absurdo pensar que aspirando a la igualdad, todos somos iguales. No hay hombre igual a otro hombre a pesar de todo lo huma-

no común, y anarquía no querrá decir jamás entes cuadriculados ni seres fabricados en serie, tipos «standard» o «sanwichs». Somos iguales en derechos o debemos serlo, somos iguales en deberes, o debemos serlo, los tratos de hombre a hombre y la consideración de hombre a hombre los establecemos de igual a igual; pero sin privilegios para nadie, hay que saber distinguir y diferenciar.

Una Organización no se ha creado por arte de encantamiento. No se sostiene porque sí. Perder la base militante, es decir, el elemento activo que la anima material y efectivamente, en todos los órdenes, bajo todos los climas, no importa en qué circunstancias, perder el elemento sano, íntegro en sentido ético e ideológico, empobrecerse en voluntades conscientes, en luchadores idealmente preparados, capaces, es debilitar a una Organización.

No hay ni debe haber preferencias para lo que se llama vieja guardia o nueva guardia. Los hombres de las generaciones jóvenes, las nuevas promociones pueden hacer aportaciones tanto o más valiosas que las viejas y curtidas en las luchas. Recuerdo que en mis años mozos veía a algunos veteranos fallar en circunstancias duras y la muchachada probábamos nuestro temple. Y a lo largo del tiempo de lucha transcurrido, cuando hacemos recuento mental de los que estaban en la brecha y no lo están, podemos apreciar mejor, con amplia perspectiva y objetivo criterio, de la consistencia y de la solidez de las voluntades militantes. Y nuestra experiencia nos hace llegar a la conclusión que, donde ha habido base ética sana, ha habido militante de garantía, hombre seguro para la Organización.

La filoxera de esa época para las organizaciones revolucionarias, es el material de aluvión o el material averiado. Nunca como ahora todas las organizaciones antifascistas y revolucionarias han sufrido filtraciones impuras. Nunca el enemigo común, el adversario político, el servicio corrosivo ha trabajado tan fina e inteligentemente como ahora para desorganizar, para paralizar, para perturbar, para desarticular la potencia de las organizaciones de oposición. Y en pocos periodos históricos como lo que va de cinco lustros a esta parte — y sobre todo en estos últimos quince años — las organizaciones obreras y las organizaciones revolucionarias, los propios partidos políticos de oposición, han ofrecido pasto tan favorable al virus corrosivo inferior a través de hombres venales y maleables.

No se necesita ser lince para comprender que el clima moral — y el real — para los refugiados políticos españoles en esta hora de ahora y en la zona geográfica que actualmente ocupamos ha variado sensiblemente en sentido desfavorable. Y evoluciona constantemente hacia un enrarecimiento de atmósfera cada vez más denso. Serenamente debemos observar el fenómeno. Son infinidad de factores que lo determinan. La reacción internacional se da la mano. Las demagogias totalitarias favorecen el desarrollo de esa base de eclipse de la libertad y de la tolerancia, aunque se ofrezca en forma discreta. De nada sirve gritar ni hacer aspavientos ante el peligro, compañeros. A mayor dificultad, más tesón, a mayor peligro más serenidad y sangre fría. Pero la cosa ha de estar segura, es necesario que lo esté. El hombre que no teme, es el que confía en sí mismo. La Organización que no ha de temer, es aquella que puede estar segura de sí misma. Hombres seguros precisan en todas partes; lo mismo en los cargos de responsabilidad, que en los cuadros militantes, que en la raíz y base de la Organización. Elemento sano y capaz. Hombres **hombres**. En los que se puede confiar. En los que uno pueda respaldarse. En los que jamás haya de temerse una deslealtad, una traición, una inmoralidad. Reciedumbre moral, reciedumbre ideal, hombría, sentido de dignidad militante, conscientemente demostrada, sin apelación a sanción ni obligación alguna, por imperativo de la propia conciencia individual.

La dignidad es inalienable. No se transfiere. Es de cada ser. No se delega. Se mantiene, se afirma o se pierde en la prueba de todos y cada uno de los días para el luchador. Y al especificar sus propios valores, cada Organización debe ser justa para con sus propios hombres. Nuestra Organización debe saber con quién y en quién puede contar.

Ni todos los que tienen más fama ni más renombre ni más prestigio son los mejores. Ni todos los anónimos, son los que tienen menos valor. Lo mismo generalizaciones que excepciones pueden in-

ducir a error. Sano criterio, claro juicio para apreciar compañeros, prescindiendo de pequeñeces, de quisicosas. Las horas que se avecinan van a ser duras y de mayores responsabilidades que nunca quizás. Que haya clarividencia donde debe haberla. Buscando la seguridad de nuestra Organización, que el criterio más justo nos anime e inspire siempre; que ningún rencor ni odio personal nos lleve a perjudicar moralmente al compañero. De todos y cada uno de los buenos y de los sanos, opinen o no como podemos opinar nosotros individualmente, compartan o no nuestro criterio, el Movimiento tiene necesidad. Lo que necesita el Movimiento es la garantía de sus hombres. En ella radica su propia seguridad en las etapas difíciles que se inician y ante las perspectivas inmediatas y mediatas.

Es necesario que el Movimiento se afirme en sí mismo, en su idealidad inspiradora, que no se desvíe de su propio norte, que **cada día sea más él mismo** y haga sentir mayormente su penetración, irradiando por todas partes como expresión y esencia de lo que le caracteriza. Sólo la fidelidad del militante al propio Ideal, sólo su voluntad indomable, sólo una ética insobornable y un trabajo cotidiano perseverante, tenaz, inteligente, abnegado, orientado en la persecución de nuestros claros objetivos, puede contribuir a ello. Y aún a través de las zonas oscuras y de tinieblas, el luchador, el anarquista, el hombre que ama la luz y la claridad, el sol vivificante, el horizonte ilimitado, debe sentirse dueño de sí y seguro de su marcha. Ello imprimirá ritmo más potente al propio esfuerzo colectivo.

Negros nubarrones apuntan en el horizonte, compañeros. No presagiamos el mal. Constatamos, sin ninguna pretensión de adivinos, y ojalá los hechos vinieran a desmentir nuestros asertos. El clima político y real se ha enrarecido. Un desarrollo favorable a todo lo peor para la emigración española irá en creciendo. Sería ridículo presumir de seguridades infantiles o hacerse ilusiones, agachar la cabeza bajo el ala, como el avestruz. Cara a la realidad la actuación se impone. Y la inteligencia ha de saber superar la etapa sin ninguna concesión al enemigo y sin que el impulso del combate disminuya, antes al contrario, se intensifique. No descuidemos nuestra preparación en ningún orden. El vehículo de la prensa puede desaparecer al instante menos pensado. El de relación normal también. El eclipse puede ser de duración. Ninguna desorientación debe haber. Ninguna confusión. Ninguna deserción. Nuestro Movimiento se mantendrá potente si sabe concertar el pensamiento, la voluntad y la acción de sus hombres más seguros. Creemos haber dicho lo bastante para ser más que comprendidos.

Germinal ESGLEAS

Para comprender al bolchevismo

LOS regímenes totalitarios, sean fascistas, nacionalsocialistas o bolcheviques, expresan la exaltación, la deificación, la idolatría del jefe.

Por todas partes: en los muros, en la escuela, en el estadio, en las plazas públicas, en el teatro; por todas partes, en Italia el Duce, en Alemania el Führer, en la U.R.S.S. Lenin y Stalin hasta hace poco.

La Prensa y la radio repiten hasta la saciedad la fórmula sacramental que confunde al Duce o al Führer con Dios mismo, y esta beatificación llega a no reconocer límites, hasta el punto de perderse en el ridículo.

Los temas que ilustran esos elogios hiperbólicos son demasiado conocidos en lo que respecta al Führer o al Duce. Además, esos dioses han terminado su carrera: uno ha muerto en una plaza pública, donde una multitud nueva ha ido a escupir sobre su cadáver expuesto; el otro ha desaparecido misteriosamente, dejando planear sobre su muerte la duda que alimenta la leyenda.

Pero mientras que en Oriente se hundía el vasto imperio japonés, arrastrando en su ruina el prestigio de otro dictador, emperador y dios, en otra parte un hombre no dejaba de aumentar su crédito e inflaba desmesuradamente su personalidad: he nombrado a Stalin.

No hay que imaginarse, sin embargo, que sea únicamente la guerra la que ha dado su prestigio a Stalin. Ya antes el hombre era exaltado, idolatrado, deificado. Es lo que vamos a examinar, tratando de explicar cómo semejante cosa llegó a ser posible en un país que se jactaba de haber realizado la liquidación de todos los dioses.

G. Michaud, en un folleto muy poco conocido: «*Verités et Mensonges du Bolchevisme*», ha dado una explicación de este extraño fenómeno. Escribe:

«Psicólogos profundos y cínicos, los militantes bolcheviques han puesto al servicio de su voluntad toda su ciencia del «yo» y de la «multitud». Han «utilizado» la multitud adulándola. Para seducirla, se han llamado los mandatarios de su soberanía. Han creado una multitud homogénea el Partido Comunista. Han asegurado una misión de inspección, de dirección de las masas, de autoridad en la producción, y privilegios en el ocio. Han roto los ídolos que encadenaban a la masa al pasado y le han ofrecido un nuevo dios: ¡Lenin! ¡Su mausoleo! ¡En la Plaza Roja, donde mediante manifestaciones incesantes, han creado, en la juventud y en los delegados extranjeros, esa psicosis de multitud en que el individuo pierde su facultad de observación, enlazado por una sugestión hábil, minuciosamente preparada, que le arrastra detrás de los tiranos, los cuales viven en nombre del jefe, muerto y deificado!»

Después, Lenin, un poco abandonado en su mausoleo, fué reemplazado por un dios viviente. El «padrecito» fué adorado tanto como el zar, en tiempos del cual todo un pueblo estaba encorvado bajo la tiranía más brutal. El zar era invocado como el bienhechor por una multitud piadosa y devota. Ciento ochenta millones de súbditos, modelados y amasados, se arrojan hoy, como ayer, ante el señor pleno de sabiduría, el glorioso, el jefe, el camarada se añade a veces.

La previsión de Plakhanov se ha realizado.

«Al fin de los fines, todo dará vueltas alrededor de un solo hombre que, *ex providentia*, reunirá en sí todos los poderes...»

Esta previsión ha sido aún rebasada en la vulgaridad.

He recogido, para edificación del lector, algunos fragmentos de discursos pronunciados por los delegados de los diputados, de los obreros, de los campesinos y del Ejército rojo de la U.R.S.S. al VIII Congreso extraordinario de los Soviets. Sus terminologías, casi todas idénticas, reflejan la monotonía de ese género de informe recitado para las circunstancias. Se prestan a la sonrisa de los escépticos, como nosotros..., y sin duda no somos únicos.

Dejaremos los discursos de jefes privilegiados: Kalinin y Molotov, para dar las primeras líneas del discurso de Litvinov, comisario del pueblo en los *Affaires Etrangères*.

«Esta seguridad, se refuerza aún en nosotros por la conciencia de que la dirección de esta fortaleza y sus jefes se encuentran en manos de un comandante tal como nuestro glorioso y gran jefe, el camarada Stalin.»

Después de la diplomacia, he aquí el ejército en la persona de V. Khripin, comandante de cuerpo de ejército: «¡Viva el organizador de nuestras victorias, el gran guía y el maestro lleno de juicio, nuestro amigo, el camarada Stalin!»

V. Orlov, que dirige las fuerzas navales del Ejército rojo obrero y campesino, comandante de escuadra de primera clase, continúa la serie:

«Nuestra flota roja obrera y campesina, por las indicaciones del camarada Stalin, continuará igualmente, en el porvenir, desenvolviéndose con éxito; seguirá siendo igualmente, en el porvenir, una de las principales fuerzas de la inepugnable defensa de nuestro Estado socialista de los obreros y de los campesinos.»

El 15 de noviembre de 1917, bajo la firma de Lenin, era publicada la declaración de los derechos de los pueblos de Rusia. Veinte años después, se vota la constitución staliniana. Es un documento, nos dirá Liubtchenko, «donde es contada la historia del mundo nuevo, de la nueva sociedad que se ha creado en la U.R.S.S.» Poco después Sulinov

confirmará las palabras de confianza de su predecesor en la tribuna y terminará: «Los sentimientos de amor y de afecto se elevan hacia el que es el inspirador y el organizador de todas las victorias que hemos alcanzado, el creador del más grandioso de los documentos históricos, el continuador de la obra de Lenin, nuestro grande, nuestro querido, nuestro muy amado Stalin.»

Sin duda, diréis que eso son sentimientos nobles expresados con fervor por admiradores de un régimen «fraternal e indisoluble». Yo no querría contrarrestar tan fervientes pasiones, pero compruebo que todos los regímenes totalitarios encuentran para sus Congresos los mismos aduladores interesados, que van a saludar a la asamblea de los creyentes y de los fanáticos con las mismas fórmulas de muy amado, de grande, de querido, de creador de la dicha y de la prosperidad de los pueblos en adoración ante los dioses elegidos, de padre de todos y de todas.

He aquí al presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo de la República Soviética Socialista autónoma de Kazakhie, que adorna ya sus sartas de una atmósfera poética y orientalista:

«Bajo la dirección del gran Stalin, los trabajadores kazakhs transformaron su país en una república federada floreciente, en un aro comunista, levantado en la frontera oriental de nuestro país de los Soviets. ¡Viva el gran amigo de los pueblos, nuestro jefe y nuestro padre, el creador de la nueva Constitución, el camarada Stalin!»

El secretario del Comité Central y de los Comités de la región y de la ciudad de Leningrado del Partido Comunista de la U.R.S.S., es más exaltado aún cuando invoca la genial y juiciosa dirección del partido y, engreído, hace alusión a Arquímedes, que soñaba con encontrar el punto de apoyo para levantar el mundo. En la sexta parte del globo se ha encontrado este punto de apoyo: la dictadura, el poder, la dirección del partido bolchevique, pero todo eso no sería nada sin el camarada Stalin: «Y si hemos acertado ya a defender el socialismo contra todos sus enemigos es porque no existe ninguna fuerza en el mundo capaz de extinguir la antorcha del comunismo encendida en el corazón y el cerebro de millones de trabajadores por el gesto de Lenin y el de Stalin.»

Carlos Marx y Federico Engels parecen bien olvidados por el camarada Jdanov.

El secretario de la región de Moscú proseguirá sobre un tema idéntico, mientras que el secretario del Comité Central del Partido Comunista de Ucrania invocará «la dirección del sabio estratega de la Revolución y del grand organizador de las victorias del Socialismo, el camarada Stalin».

Cuando se desciende la jerarquía burocrática y se escucha a la masa, se permanece confundido ante la suma de alabanzas prodigadas.

A veces eso se adorna de expresiones miserables dirigidas a los militantes caídos en desgracia; sirva de muestra este final de discurso de Nazai, fundador de acero en la fábrica «Ilitch» (Mariupol):

«Una palabra para terminar, sobre la banda Trotski-Zinoviev. Con esas gentes, los discursos son

inútiles; hay que ahogarlas en el acero en fusión, destruirlas como perros rabiosos.»

Todo esto con, por conclusión: «¡Viva nuestro muy amado!»

V. Bogdanov es un mecánico de la Liga «Octubre», un hijo de la patria soviética que «repite las santas palabras del Manifiesto Comunista» y añade, dirigido a Stalin, «que viva para alegría de toda la clase obrera y para espanto de sus enemigos».

He aquí a S. Smetain, obrero de la fábrica «Skorohod», de Leningrado, exaltando el desarrollo del movimiento Stakhanov y convencido de que bajo la dirección del partido y del grande y sabio Stalin, su «país llegará a ser aún más bello, aún más radiante».

G. Wemberg, secretario del Consejo Central de los Sindicatos de la U.R.S.S., desea larga vida a ese querido y muy amado camarada Stalin.

Se pensaba que la sección escritores, sabios, profesores y artistas habría aportado una nota menos apagada, más independiente, liberada de esa constante adoración del jefe, del maestro. Era engañarse sobre la atmósfera que preside a la etiqueta de ese género de Congresos y más aún sobre el carácter de los invitados autorizados a expresarse ante los fieles.

A. Tolstoi, escritor, saluda a su jefe en Stalin; A. Komarov, vice-presidente de la Academia de Ciencias de la U.R.S.S., proclama a Stalin gran inspirador de las victorias, genio del mundo nuevo; N. Burdenko, profesor de Cirugía, invoca al inspirador de la actividad creadora, el maestro y amigo, Vychinski, procurador de la U.R.S.S. saluda al jefe genial del Partido, del pueblo, de los trabajadores del mundo entero; mientras que Iakovlev, presidente de la Comisión de Mandatos, termina hablando del fiel discípulo de Lenin «creador de la Constitución, el gran hijo del pueblo soviético, el padre de los trabajadores».

Pero no hay sólo los Congresos que permitan esas exaltaciones de encargo y muy interesadas, por otra parte. Toda la literatura está llena de trozos escogidos en honor del jefe, del creador, del genio, del padre de todos los pueblos.

Canciones y leyendas «maravillosas» se transmiten de boca en boca. He aquí una de Ucrania:

**En el viejo Dniepr
no hay tanta agua
como hay en Stalin
espíritu luminoso.**

**Jamás, en la tierra, el sol
nos ha tanto iluminado.**

**Preciso es creer que ha estado
con Stalin, en el Kremlin.**

Lejos de tratar de luchar contra este espíritu, de una ingenuidad primitiva, cuyo misticismo recuerda los más bellos días de las santas adoraciones de los iconos y de los Rasputin, se exaltan con una publicidad escandalosa e intempestiva esos sentimientos de veneración del jefe, del dios nuevo, cerca del cual el sol no es nada, y del que el agua del Dniepr no alcanza el espíritu luminoso.

¡Pobre pueblo, pobre socialismo, pobre sociedad!

¡Y decir que no se había cesado de denunciar el poder de los zares, que no se había cesado de desarmar los ídolos y las glorias, aún de la socialdemocracia! ¡Y decir que se habían escrito y difundido libelos contra los Papas!

Pero he aquí al cantor popular: Djambul, condecorado con la Orden de Lenin (y ¿por qué no puesto que nuestros académicos son condecorados con la Orden de Leopoldo o con la Legión de Honor?), que va a elogiar a Stalin. Los juguetes, a falta de talentos, placen a los genios de las musas y enriquecen su equipo vestimentario.

**Mi país es inmenso, ¡sus estepas son tan vastas!
Sus fronteras están muy alejadas unas de otras.
y nuestro afecto, nuestro amor por ti,
son inmensos como mi país, extensos como sus
[estepas.**

En la «Pravda» del 28 de agosto de 1936, se encuentran estos versos consagrados a Stalin:

**¡Oh, tú el gran jefe de los pueblos,
que has llamado al hombre a la vida...!**

**Tú eres el sol que se refleja
en millones de corazones humanos...**

**Me faltan palabras para expresar mi alegría,
pero digo: Stalin,
y con eso lo expreso todo.**

¡Ay!, sí, con Stalin se expresa todo, y eso es lo que ilustra tan tristemente un régimen que una pandilla gubernamental dirige a su capricho y según sus necesidades.

En el VII Congreso de los Soviets de la URSS, enero-febrero de 1935, un delegado del Ural, Avdeenko, gratificó a la asamblea con un discurso que creo único en la colección de los documentos de este género.

«Al jefe genial juicioso, sonriente, afectuoso, prodigiosamente simple» — todo el diccionario sigue —, se añade una descripción del talento oratorio de Stalin, mezclado a una prestancia incomparable que seduce literalmente a nuestro Avdeenko, encantado, divinizando a Stalin por su fuerza, por su grandeza, y eso le da deseo de cantar, de gritar, de clamar su dicha y su entusiasmo, porque el antiguo «bandido» que él era, está en la tribuna ahora en compañía de los mejores y de los más juiciosos, y eso le trastorna, pues todo lo que le sucede no es posible sino gracias al gran educador Stalin.

Amor, afecto, honradez, abnegación; desinterés, para no citar sino algunas de las nuevas cualidades adquiridas, todo eso lo debe a Stalin.

Si Avdeenko escribe, si sueña con hacer una obra inolvidable, si ama a su mujer con un amor nuevo, si continúa su raza, si está contento de vivir, si siente en él un valor inmutable, si vive cien años, si puede volar a la luna, todo eso es por la gracia de Stalin, y, en agradecimiento, se lo da todo: «amor, afecto, fuerzas, corazón, heroísmo, vida». Todo está a disposición del gran Stalin, el jefe de la gran patria. Y he aquí el final de su discurso: «Tu nombre es y será ágrabad en cada fábrica, en cada máquina, en cada puñado de tierra, en el corazón de todos los hombres. Cuando mi amada mujer me dé un hijo, la primera palabra que le enseñaré será: Stalin».

Eso corresponde a la psiquiatría, o yo me engaño. Pero, sin duda, yo no estoy en la nota. Me guardaré bien de ello: he conservado aún cierto respeto por las cosas humanas.

Se permanece literalmente confundido ante tal alud de expresiones: gran jefe glorioso, maestro lleno de sabiduría, gran guía, inspirador, creador, querido y muy amado, sabio estratega, gran organizador, genio del mundo nuevo, hijo del pueblo, padre de los trabajadores, espíritu luminoso, etc. ¿Qué debería pensar Lenin que se lamentaba de la suerte de los grandes revolucionarios perseguidos toda su vida por los enemigos del pueblo, cuando decía: «Después de su muerte, se trata de convertirlos en iconos de canonizarlos por decirlo así, de rodear su nombre de una aureola de gloria para consuelo de las clases oprimidas y para su engaño»?

No se ha esperado la muerte de Stalin para realizar esta conversión en iconos. El gran jefe habrá visto y oído durante su vida una burocracia rodearle de esa aureola de gloria que consuela a los oprimidos de sus miserias y les engaña.

Y ¿qué diferencia hay entre esas alabanzas y las pronunciadas en otros países por los defensores y aprovechadores de los regímenes totalitarios?

¿Qué extraño y triste parecido entre esas palabras y las de un Goebbels dirigidas al Führer! No cito sino las últimas, pronunciadas algunos días antes de la derrota total y completa del régimen nacionalsocialista:

«El milagro alemán.

»La guerra no ha dejado ninguna huella en él, pero su alma está removida a la vista de las pruebas de su pueblo y de las del mundo entero. Ningún ser humano despliega mejor el arte de esperar el momento venido, sabiendo cuándo debe tener el aspecto pasivo y cuándo debe ser activo. Puede permanecer silencioso durante meses, cuando los demás querrian hacerle hablar para adivinar sus intenciones. El pueblo alemán se agrupa alrededor de él, como una muralla. Es el milagro alemán.

»Hitler se ha asignado como objetivo rescatar a su propio pueblo y modificar el destino del Continente. Posee un sexto sentido, el de ver lo que está oculto a los ojos de los hombres.»

Esta exaltación del «jefe» merece ser meditada. Muestra hasta qué punto el «servilismo» puede corromper al cortesano que se abriga a la sombra del señor y que se encarga de rellenar el cráneo a las ovejas de la iglesia que defiende.

Si esto hace comprender el fanatismo de los últimos resistentes alemanes, confiados en el eterno poder de su dios Hitler, se puede comprender igualmente el fanatismo que animaba a ciertos combatientes rusos. Aquí y allá, la misma mística sirve designios idénticos o próximos, que para un espíritu es difícil aceptar.

No era menester ser gran letrado para percibir que un espíritu semejante iba a conducir a ciertos individuos a una degeneración total del espíritu revolucionario. Así es como un escritor — antiguo guardia blanco — adherido al bolchevismo, ese corresponsal de guerra citado a cada instante por la Prensa francesa, el autor de la «Chute de Pa-

Las individualidades en la Revolución Española

DICE un acreditado aforismo que «el genio, tarde o temprano se revela». En la Revolución Española, si hemos de rendir tributo a la diosa Verdad, no hubo más genio que el Pueblo. La Revolución Española fué rica en hechos heroicos y en ideas luminosas. Pero fué pobre, sumamente pobre, en individualidades de relieve. A todo lo largo de los tres años de lucha, no se registra la presencia de uno solo de esos fenómenos históricos o de leyenda capaz de electrizar, hipnotizar a todo un Pueblo. La ya creciente literatura inspirada en el caso español, dispersa en cronologías y glosarios, se halla inundada de nombres rimbombantes de los cuales no guardará memoria la Historia. Los ejemplares más logrados lucen una sola dimensión. No se trata de personalidades polifacéticas o multidinámicas.

La personalidad no es propiamente el héroe. El héroe se halla limitado, demasiado limitado por el sacrificio. Este sacrificio puede ocurrir al principio o al final de su carrera. En ambos casos, el héroe aparece y desaparece como un meteoro. El héroe tiene una misión definitiva: buscar el peligro, enfrentarlo, vencerlo o caer vencido. Si logra sobrevivir, está obligado a repetir la suerte hasta la consumación de su sacrificio.

La Revolución Española popularizó a Ascaso y a Du-

ris», he nombrado a Ilhya Erhenburg, que se había complacido en escribir: «Sólo son buenos los alemanes que han muerto», nos ha presentado una poesía de la que yo me reprocharía no recordar lo esencial para edificación de las generaciones venideras.

Es que era muy grande la tierra rusa.
Casi sin aliento, rogaba por todos.

Y todos los pueblos estaban seguros
de que traía la cruz del mundo.

Y, lanzando sus miradas hacia el Oriente mudo,
el Oriente pleno de angustia, de nieve y de primavera,
[vera,

decían, llenos de lágrimas y llenos de fe:
¡Avanza, tierra de Cristo!

Ha vivido, ha crecido, ha rogado
y nada ha sido más grande que ella...

El sol de oro va a salir
y resucitarán las iglesias blancas, las cúpulas
[azules,

la piadosa Rusia.

Por Rusia, roguemos todos al Señor.

El culto del jefe es el embrujamiento en breve plazo de todo espíritu crítico, la puerta abierta de par en par a todos los compromisos, a todas las traiciones, a todas las negaciones. Es la quiebra de la revolución, de la ideología, y la liquidación, en el seno de un movimiento, de lo que tiene de respetable la dignidad del individuo.

Hem DAY

rruti, dos idolos populares. Ascaso cayó fulminado ante los muros de Atarazanas durante la primera jornada. Durruti encontró la muerte en el frente de Madrid, unos meses después. El héroe siente la obsesión del sacrificio, es suicida por naturaleza. Su puesto está en la primera línea de combate. Su más grande imperativo es la acción. O mueren o se apagan.

La revolución asturiana popularizó también dos héroes: José María Martínez y González Peña. José María Martínez dejó la vida en el campo de batalla; González Peña sobrevivió a la derrota y a la represión. Ahora bien; el ciudadano González Peña vive todavía; el héroe González Peña yace enterrado. El héroe español tiene que morir, o no será jamás héroe.

Junto a estos héroes de un día, tres semanas o cinco meses, incapaces de sobrevivir a sus hazañas, existe una pléyade de héroes ignorados. Sus nombres no fueron nunca del dominio público; las necrológicas periodísticas y las órdenes del día militares no consignaron sus hazañas.

Pero no son éstas las individualidades que buscamos inútilmente en los anales de nuestra odisea. Reclamamos no al personaje de tragedia o de ópera, sino al genio creador, al artífice de pueblos y circunstancias, al cuerpo de múltiples dimensiones, al taumaturgo de carne y hueso, pródigo en recursos, capaz de resumir en sí a toda una época y forjar un destino.

Escojamos el ejemplo más saliente de nuestra lucha: la defensa de Madrid, y busquemos al personaje central. Llamémosle por su nombre. Este nombre tendrá que ser colectivo. Se llamará Pueblo. El Pueblo, y siempre el Pueblo, es el genio de los tres años de resistencia. Una resistencia a la que da realce moral el aislamiento, el bloqueo, el sabotaje, la indiferencia desdenosa, la calumnia y el odio del mundo. Una resistencia empeñada contra todas las leyes de la estrategia militar, quizá contra las propias leyes de la lógica. Una causa sin más aliados que la razón, sin más armas para defenderla que el amor propio, sin más garantías de éxito que el milagro. ¡Cómo resplandecen estas verdades a estas alturas de la postguerra, cuya única virtud ha consistido en descubrir el rostro a la incontable cantidad de duendes, encantadores y gigantes a quienes se propuso hacer frente el Quijote español!

Frente al perfil maravilloso del Pueblo palidecen todas las personalidades de relumbrón, los llamados hombres públicos, los caudillos y los intelectuales.

Largo Caballero, el hombre fuerte del socialismo, sucumbe protocolariamente ante una crisis ministerial. El «Lenin español», el Júpiter tonante de los discursos incendiarios, el paladín antimoscovita, se inclina en acatamiento de la disciplina del partido.

Existe un estrecho paralelismo entre la personalidad de Negrín y la del «Dr. Llaunes». El «Dr. Llaunes» fué un tipo popular barcelonés que sirvió en su día de grotesca mascota a los estudiantes. Privado de su ascenso al doctorado a causa de una grave avería mental, ejercía una especie de cátedra ambulante en los patios universitarios y en las escalinatas de las Facultades. Sus ma-

nicomiales discursos eran subrayados por los fingidos aplausos de sus falsos discípulos provocando un alboroto de risas y chacotas que obligaba a intervenir a las autoridades. Llegado este caso, el infortunado «doctor» veíase llevado en andas en procesión callejero, exhibido y vitoreado como un trofeo ridículo.

Los discursos de Negrin eran el hazmerreir de la famélica retaguardia. Su consigna de resistencia provocaba un ataque de risa en toda la línea del frente. El Pueblo reía y resistía. Reía porque la risa mitiga el dolor. Resistía porque estaba en su alma la resistencia. Pero como el «Dr. Llaunes», Negrin tomaba en serio la broma. Teníase por mesías cuando no era más que un bufón.

Indalecio Prieto fué siempre el estratega de las retiradas sin lucha. De estar en su mano la guerra no hubiera durado tres semanas. Sus actividades y discursos siempre estuvieron impregnados de una moral de derrota. Don Inda es uno de aquellos jugadores de ventaja que no pueden seguir jugando si tienen la certeza de perder. Antes de lanzar la primera parte calculan todas las jugadas, y si el cálculo les es funesto rinden inmediatamente la baraja. Es hombre no dado a creer en milagros ni en la importancia de los factores imponderables alteradores de todas las matemáticas.

Ningún político español ha podido ser objeto de tantas reverencias y adulaciones como Azaña. Su entrada en la escena política fué señalada como la aparición del

lucero del alba. En justa reciprocidad, el engrandecimiento de Azaña supo dejar en pañales al coro de sus aduladores. Los acontecimientos del 19 de julio, el espectáculo del Pueblo dueño de la calle, elbérru, la pública subasta de lumbreras y santones, acrecieron hasta el paroxismo su natural y concentrado rencor antipopular. El odio morboso de Azaña hacia el pueblo se basa en el caso omiso hecho por éste a su ungida personalidad. Herido en su soberbia y exento al mismo tiempo de virilidad para asumir la responsabilidad de un primer plano en una situación dirimida a cañonazos, consumió lo que habían de ser últimos años de su vida entre concentradas acumulaciones de bilis y epilépticos estremecimientos de miedo. Su vergonzoso testamento, «La velada de Benicarló», es la mayor pieza difamatoria que se haya podido escribir contra un pueblo.

La conducta de los hombres públicos, de los intelectuales, de los figurones en general, brilló constantemente por el defecto de abnegación, inteligencia, personalidad y dominio de las circunstancias. Si descartamos a un pequeño número de hombres de acción, entes dotados de una ola dimensión, en continuo forcejeo con el Pueblo, todo lo demás son apariencias, ficciones, ídolos fabricados por la propaganda, sin vida ni dominio propio, siempre medrosos y vacilantes, sin más perfil ni textura que el orgullo estéril y la vacua frivolidad.

JOSE PEIRATS



REFLEXIONES

La rebeldía por la rebeldía es poco. A veces, la rebeldía mal usada, como la libertad mal empleada, conduce a aumentar por oposición el número y la fuerza del antagonista.

ALAIZ

Federico García Lorca

el poeta y su pueblo

SEÑORAS Y SEÑORES:

SAnte todo, quiero nombrar esta mañana a uno de los primeros miembros del Ateneo de Toulouse, que con tanto entusiasmo y de muchas maneras se esforzó para dar a conocer en este país la obra de Federico García Lorca. Me refiero a la persona de Albert Camus, y a su hermoso trabajo, casi anónimo, en la edición francesa de las Obras Completas del poeta.

Voy a hablarles en español, confiando en su indulgencia. No quisiera hablar de Lorca ni citar su obra en otro idioma que el suyo. Sobre todo porque creo que así se establecerá más fácilmente, entre el poeta y ustedes, su público de hoy, como decía el mismo Federico, «la comunicación de amor con otros en esa maravillosa cadena de solidaridad espiritual a que tiende toda su obra de arte, y que es fin único de palabra, pincel piedra y pluma».

El mismo buscó esta «comunicación de amor», esta «solidaridad espiritual». Recordándola es como se explica la unión entrañable que deseó entre el artista y su pueblo, y el cordial intercambio que logró personalmente en tantas ocasiones. Dígame de una vez, Federico García Lorca no es hijo del pueblo, ni es escritor neo-popularista. Pero sí conoce, admira y ama las riquezas poéticas y las fuerzas creadoras de su pueblo; se inspira en él, discreta y conscientemente, al realizar su obra de escritor culto; quiere, por fin, hermanarse con él y ayudarle diariamente con su trabajo, y en primer lugar a través de su labor teatral.

Su familia pertenece a la clase media granadina, por lo menos desde principios del siglo XIX. «Mi familia hizo crac en el siglo pasado — dice en una entrevista —. Ahora resurge otra vez». Efectivamente, don Federico, padre, se enriquece como muchos labradores de la vega con el cultivo de la remolacha, uno de los llamados cultivos industriales que se inician hacia los años 1890, por esa parte de Andalucía Alta. Vive primero en el campo, con su esposa y sus hijos. Luego se traslada a la capital de la provincia, a Granada, y, por fin, a Madrid; desde allí, como buen cabeza de familia, sigue administrando sus fincas. Este último he-

cho puede darnos idea de los recursos económicos crecientes de la familia Lorca.

«Mi infancia es aprender letras y música con mi madre — dice el poeta —, y ser «un niño rico en el pueblo, un mandón». Como niño mimado del pueblo, alterna con todo el mundo dentro y fuera de su casa. Se familiariza y compentra con el habla y sensibilidad de los campesinos, abiertos, finos y relativamente cultos del Soto de Roma, antiguo latifundio del duque de Wellington, donde se sitúan las tierras familiares. Gracias a ellos, y a su padre, conoce muy pronto, y de modo ingenuo, el folklore y la tradición oral andaluza. Pero tiene otro contacto con el pueblo granadino, más íntimo, aunque en un plan de completa igualdad: recordará más tarde el importantísimo papel que tuvieron las criadas de la casa en su formación emocional, como en la de todos los hijos de la burguesía española.

Cabe subrayar, además, el espíritu, no digamos militante — ¡de ninguna manera! — pero sí hondamente liberal de la familia y especialmente del padre del poeta. Este se situaba en la gran tradición del liberalismo andaluz que sobrevivió al hundimiento de los movimientos republicanos de principios del siglo XIX, y cuyo símbolo granadino era la hermosa figura de Mariana Pineda. Don Federico tuvo, también, como íntimo amigo a un viejo y entusiasta militante republicano, don Antonio Rodríguez Espinosa, a quien tuve la inmensa suerte de conocer en los últimos años de su vida. Este fué maestro de primera enseñanza del futuro poeta, y hasta lo tuvo en casa, en Almería, mientras cursaba el primer año del bachillerato en el Instituto de aquella ciudad. Hombre sencillo, generoso e inteligente, de clara y auténtica cultura, y enfrentado con los problemas materiales más punzantes del pueblo andaluz, tanto en su vida personal como por su labor de maestro.

En Granada, terminando el bachillerato, estudiando música y luego letras y derecho en la Universidad, Federico García Lorca entra en contacto con la burguesía más avanzada, artísticamente y, también, por sus ideas político-sociales. En el Centro Artístico, conoce a los jóvenes inquietos y vivos que están al tanto de la mejor literatura mo-

He aquí el texto de la conferencia pronunciada por Mademoiselle Marie Lafranque, en el Ateneo Español de Toulouse.

Mademoiselle Lafranque, profesora, mujer de letras, gran hispanista, admiradora de nuestro García Lorca, no vaciló en trasladarse a España para estudiar de cerca la vida, la obra y la muerte de Federico.

En su estudio directo, fundó la magnífica conferencia dada en el «Cine ABC» de la ciudad Rosa cuyo texto ofrece gentilmente a los lectores de CENIT, en nombre de los cuales queda sumamente agradecida.

LA REDACCION

derna española y extranjera, y que muchas veces critican la vida estancada y mezquina de la misma burguesía a que pertenecen. Los anhelos renovadores de estos muchachos cuajan en primer lugar en torno al gran periódico «El Defensor de Granada», ya famoso en tiempos de Ganivet. En segundo lugar, se agrupan espontáneamente alrededor de un joven profesor de derecho de la Universidad: el futuro líder socialista, Fernando de los Ríos, que pronto se hizo muy amigo de Lorca y de su familia.

Muy temprano, hacia los diecinueve años, Federico manifiesta en su obra escrita, su interés por el pueblo español y a veces su rebeldía ante la injusticia social. Al mismo tiempo, expresa quizá con cierta torpeza, pero con palabras muy claras, su concepto de la poesía.

Su primer libro en prosa, «Impresiones y Paisajes», reúne con algunas estampas granadinas, los apuntes de un viaje universitario de estudios artísticos que hizo por la alta Andalucía, Castilla y el norte de España. Habla con mucha piedad y tristeza de la gente misera del Albaicín: ojos melancólicos, caras demacradas, pena imborrable; y nadie puede dudar de su sinceridad, aunque no se libra del pintoresquismo y de un lirismo muy convencional. Describe la pobreza y el amodorramiento del campo castellano, de estos «atónitos palurdos sin danzas ni canciones», a los que se refirió años atrás en sus poesías, el sevillano Antonio Machado. Sobre todo, suena de modo inconfundible la pena y la indignación que le causa la visita que hizo a un hospicio en Galicia. Lorca recuerda la puerta del antiguo edificio y los niños que encierra:

«Esta puerta achatada y enorme de la entrada ha visto interminables procesiones de espectros humanos, que pasando con inquietud han dejado allí a los niños abandonados... Me dió gran compasión esta puerta por donde han pasado tantos infelices... y es preciso que sepa la misión que tiene y quiere morirse de pena, porque está carcomida, sucia, desvencijada... Quizá algún día, teniendo lástima de los niños hambrientos y de las graves injusticias sociales, se derrumbe con fuerza sobre alguna comisión de beneficencia municipal, donde abundan tanto los bandidos de levita, y aplastándolos haga una hermosa tortilla de las que tanta falta hacen en España... Es horrible un hospicio con aires de deshabitado, y con esta infancia raquítica y dolorosa. Pone en el corazón un deseo inmenso de llorar y un ansia formidable de igualdad...»

Por la misma época, en uno de sus primeros poemas conocidos, escrito a mano, a modo de prólogo, en un ejemplar de las Poesías de Antonio Machado, Federico explica lo que representa para él la poesía: Es obra de amor y de piedad para con todas las penas y la insatisfacción del mundo; resulta, pues, dolorosa por naturaleza, ya que trata de expresarlas:

«... El poeta es un árbol
con frutos de tristeza
y con hojas marchitas
de llorar lo que ama.
El poeta es el médium
de la Naturaleza
que explica su grandeza
por medio de palabras.»

Llega a una comprensión más honda y cordial que la puramente lógica e intelectual:

«... El poeta comprende
todo lo incomprensible
y a cosas que se odian
él, amigas las llama.
Sabe que los senderos
son todos imposibles,
y por eso de noche
va por ellos en calma.»

Pero, además, la poesía es expresión y realización milagrosa, a su manera, de los anhelos momentánea o definitivamente irrealizables:

«... Poesía es lo imposible
hecho posible. Arpa
que tiene en vez de cuerdas
corazones y llamas.»

Así expresa Lorca su tendencia de origen no teórica, sino concreta, personal y poética, a hermanarse con todos los seres, especialmente los más débiles, oprimidos u olvidados, para darles la voz y la vida real que merecen.

Su caudal poético se alimenta de dos fuentes estrechamente emparentadas, la infantil y la popular; pero siempre conserva el tono culto que le es más natural y trata de expresar anhelos y preocupaciones que él siente y conoce. Estas preocupaciones asoman, por ejemplo, en el humorístico poema primerizo «Los encuentros de un caracol aventurero». El ingenuo caracolillo, paseando entre las hierbas, da con un grupo de hormigas muy alborotadas que van zarandeando y maltratando a una compañera. ¿Cuál ha sido su culpa? Sencillamente contemplar las estrellas.

«... La hormiga medio muerta
dice muy tristemente:
«Yo he visto las estrellas.»
«¿Qué son las estrellas?», dicen
las hormigas inquietas.
Y el caracol pregunta
pensativo: «¿Estrellas?»
«Si — repite la hormiga —,
he visto las estrellas,
subí al árbol más alto
que tiene la alameda
y ví miles de ojos
dentro de mis tinieblas.»
El caracol pregunta:
«¿Pero qué son las estrellas?»
«Son luces que llevamos
sobre nuestra cabeza.»
«Nosotros no las vemos»,
las hormigas comentan.
Y el caracol: «Mi vista
sólo alcanza a las hierbas.»

Las hormigas exclaman
moviendo sus antenas:
«Te mataremos; eres
perezosa y perversa.
El trabajo es tu ley.»

Este es el destino de los soñadores y los poetas en la sociedad de tipo burgués, utilitaria y cerril, simbolizada por el mundo de las hormigas.

En cuanto a la utilización de las fuentes infantiles y populares, no deja de ser discreta y alusiva, como se ve, por ejemplo, en «La balada de un día de Julio». El poema está hecho a base de diálogos parecidos a los de las ruedas de niños. Hasta lleva versos de canciones infantiles. Pero no es ninguna canción infantil, sino un símbolo de amor, trágico en medio de su fragante y melancólica poesía granadina, entre el tintineo de los esquilones que se oyen al principio y al final de la balada.

«Esquilones de plata
llevan los bueyes
— ¿Dónde vas niña mía
de sol y de nieve?
— Voy a las margaritas
del prado verde.

Y para terminar:

«Adiós, mi doncellita,
rosa durmiente,
tú vas para el amor
y yo a la muerte.
Esquilones de plata
llevan los bueyes.
Mi corazón desangra
como una fuente.

En 1918, Federico García Lorca, aconsejado y protegido por don Fernando de los Ríos se va a Madrid. Ingresa en la Residencia de Estudiantes, bajo el pretexto de estudios universitarios que pronto abandonará para dedicarse exclusivamente a la tarea de escritor. Durante diez años, hasta su marcha a los Estados Unidos, vive en parte allí y en parte en su casa de Granada. En este segundo período de su vida también se preocupa por el arte y la condición penosa del pueblo español. Al mismo tiempo, en el ambiente moderno y lúcido de la Residencia de Estudiantes, va completando su formación artística y ensanchando sus horizontes intelectuales. Aprende también a convivir de modo activo y cordial con los jóvenes intelectuales de izquierda. Allí se roza con el espíritu nuevo de los estudiantes de ciencias. Conoce ya directamente el arte culto y los artistas de su país, así como de toda Europa. Por la Residencia pasan no sólo los intelectuales, literatos y artistas más destacados de España, sino que también la visitan, por ejemplo, el famoso historiador alemán Frobenius, el joven y gran arquitecto suizo Le Corbusier, el poeta francés Paul Valéry y varios representantes de la última poesía parisina, desde Max Jacob hasta el joven surrealista Louis Aragon. En Madrid, además, Federico comparte las ansiedades de las capas burguesas liberales del país. Estamos en tiempos de la dictadura de Primo de Rivera.

Para demostrar cómo sigue fundiendo en su poesía lo culto y lo popular, no pienso acudir a ningún poema de sus dos libros más famosos, escritos por aquellos años: «El Poema del Cante Jondo» y «El Romancero Gitano». Esos libros son muy conocidos, por lo que no hay necesidad de referirlos. El mismo Federico García Lorca, al dar una conferencia sobre su Romancero Gitano, ilustrada por la lectura de varios poemas, ya se negaba tarminantemente, por el mismo motivo, a leer su hermoso y conocidísimo romance de «La Casada Infiel». En cambio, escuchen ustedes dos poemas cortos más o menos contemporáneos de las dos obras citadas, sacados del libro «Canciones».

El conjunto está dedicado a un amigo de la Residencia, que por entonces estudiaba historia natural y pronto llegó a ser el famoso cineasta Luis Buñuel. El segundo poema va dirigido a Irene García, criada. Noten ahora, al mismo tiempo que la huella de la poesía popular andaluza, el desenfadado en el tono, la forma libre y flexible, y el humorismo discreto que señalan de modo inconfundible al poeta culto.

El primer poema dice:

«RIBERENAS»

«Dicen que tienes cara
(balalín)
de luna llena.
(balalán)
¿Cuántas campanas oyes?
(balalín)
No me dejan.
(ibalalán!)
Pero tus ojos... ¡Ah!
(balalín)
... perdona, tus ojeras...
(balalán)
y esa rosa de oro
(balalín)
y ésa... no puedo, ésa....
(balalán.)
Su duro miriñaque
¡Oh, tu encanto secreto!... tu...
las campanas golpean.
(balalín)
lín
lín
lín...)
Dispensa.»

La segunda poesía canta, con alegre ritmo de columpio:

«A IRENE GARCIA» (criada)
«En el soto,
los alamillos bailan
uno con otro.
Y el arbolé
con sus cuatro hojitas
baila también
¡Irene!
Luego vendrán las lluvias
y las nieves.
Baila sobre lo verde.
Sobre lo verde verde,

que te acompaño yo.
 ¡Ay cómo corre el agua!
 ¡Ay mi corazón!
 En el soto,
 los alamillos bailan
 uno contra otro.
 Y el arbolé,
 con sus cuatro hojitas
 baila también.»

Efectivamente, Lorca se apasiona por el arte y la sensibilidad popular, pero siempre situándose fuera de ellos. Esto hace al colaborar en 1922, en la fiesta del Cante Jondo de Granada, organizada por su gran amigo Manuel de Falla y otros artistas españoles para honrar y fomentar «el primitivo canto andaluz». Lo dice en la conferencia que da en Granada, unos meses antes, para preparar el acto. La poesía popular y especialmente la andaluza, es un gran ejemplo para el arte nuevo:

«Todos los poetas que actualmente nos ocupamos, en más o menos escala, en la poda y cuidado del demasiado frondoso árbol lírico que nos dejaron los románticos y los postrománticos, quedamos asombrados ante dichos versos.»

Pero no se trata de imitar el estilo del pueblo:

«Los poetas que hacen cantares populares enturbian las claras linfas del verdadero corazón; y cómo se nota en las coplas el ritmo seguro y feo del hombre que sabe gramáticas! Se debe tomar del pueblo nada más que sus últimas esencias y algún que otro trino colorista, pero nunca querer imitar fielmente sus modulaciones inefables, porque no hacemos otra cosa que enturbiarlas. Sencillamente por educación.»

La labor artística y cultural de Federico García Lorca se desarrolla al mismo tiempo en el ambiente liberal de Granada y en el de Madrid. En Granada colabora con el grupo más avanzado del antiguo Centro Artístico, que crea en 1925 el Ateneo Artístico, Científico y Literario, bajo la presidencia de Fernando de los Ríos. El poeta da allí gran parte de sus primeras conferencias, reproducidas acto seguido por «El Defensor de Granada». Se esfuerza por publicar (y lo logra al fin, al cabo de dos años, en 1928) dos números de una revista literaria de vanguardia, «Gallo». Estos lozanos y elegantes ejemplares de «Gallo» se dirigen especialmente a una minoría intelectual y artística. Sin embargo, ya es un signo de trascendencia social y de sentido liberal, como fenómeno de cultura, por el mero hecho de salir fragante y «olorosa a tinta de imprenta — dice Federico —, perfume que temen los muertos de espíritu y odia la burguesía.»

En cambio, su teatro se enfrenta resueltamente

con el problema de las relaciones entre el artista y su pueblo y con las preocupaciones político-sociales más candentes. Por los años 20, Federico, al parecer, escribe casi todo su teatro para titeres al que a mi juicio cabe añadir, como perteneciente al mismo ciclo dramático, «Los amores de Don Perlimplin» y «La Zapatera prodigiosa». El argumento de este conjunto de obras tiene una finalidad concreta. Los protagonistas se casan — o los casan — por dinero, y por una apariencia de seguridad burguesa y van al fracaso completo, cuando no se rebelan en nombre del amor libre, espontáneo y total. Y ¿qué dicen los muñecos? Que en el teatro para el pueblo es donde ellos mismos se encuentran libres y pueden expresar la más honda realidad. He aquí el prólogo de «Los titeres de Cachiporra». Suena el tambor y habla el Mosquito, aéreo personaje de cuento de hadas que representa la compañía:

«...Yo y mi compañía venimos del teatro de los burgueses, del teatro de los condes y de los marqueses, un teatro de oro y cristales, donde los hombres van a dormirse y las señoras... a dormirse también. Yo y mi compañía estábamos encerrados. No os podéis imaginar qué pena teníamos. Pero un día vi por el agujerito de la puerta una estrella que temblaba como una fresca violeta de luz. Abri mi ojo todo lo que pude — me lo quería cerrar el dedo del viento y, bajo la estrella, un ancho río sonreía surcado por lentas barcas. Entonces yo avisé a mis amigos, y huimos por esos campos en busca de gente sencilla, para mostrarles las cosas, las cosillas y las cositillas del mundo; bajo la luna verde de las montañas, bajo la luna rosa de las playas.»



La realidad más viva y poética, la que parece o es más bella, sorprendente y milagrosa, no puede vivir bajo el yugo del dinero y del miedo: lo dice el autor en el prólogo de «La Zapatera prodigiosa»:

«... El poeta no pide benevolencia, sino atención, una vez que ha saltado hace mucho tiempo la barrera espiritual de miedo que los autores tienden a la sala. Por este miedo absurdo y por ser el teatro en muchas ocasiones una finanza, la poesía se retira de la escena en busca de otros ambientes donde la gente no se asuste de que un árbol, por ejemplo, se convierta en una bola de humo o de que tres peces, por amor de una mano y una palabra, se conviertan en tres millones de peces para calmar el hambre de una multitud.»

(Continuará)

La literatura de la guerra y la nueva era

VI

EL ARTE Y LA GUERRA; LOS VALORES MORALES

Consideremos ahora la literatura de guerra — a la que podemos añadir la pintura, la escultura, el teatro, el cine y la música de guerra — desde el punto de vista del arte, de su valor estético. Es sólo una tentativa, porque no encontramos una base firme para un debate acerca de este problema, si no queremos tratarlo tangencialmente o jugar con paradojas. No podemos «discutir» ni cuando un pensador, sociólogo y artista como Ruskin afirma bruscamente que «la guerra es el fondo de cualquier arte grande»; o «que el arte es casi siempre vinculado a las manifestaciones de la fuerza» y que sus temas preferidos son todas clases de luchas, las fantasías de los príncipes, las leyendas de los héroes» (Sorel); o cuando se afirma que la música «es el arte de los pueblos sojuzgados y favorece a los despotismos» (Laprade); o que «la aristocracia ejerce su influencia sobre el arte especialmente en su calidad de potencia económica» (Lalo). Se puede hallar en estas opiniones un grano de verdad, pero desde puntos de vista muy restringidos, y sobre todo, a través de ciertas ilusiones más bien dialécticas.

Nuestra convicción es que el arte y la guerra constituyen dos realidades distintas, sin correlación normal, puesto que tienen sus leyes y manifestaciones absolutamente opuestas. Si el arte — al que no definimos aquí — hubiera tenido alguna influencia buena sobre la mentalidad bélica, entonces no podemos explicarnos de ninguna manera por qué — a medida que el arte se elevaba desde una cumbre a otra, desde la belleza de las formas naturales a la belleza que exterioriza las intimidades espirituales más refinadas y complejas; a medida que se desarrollaban sus progresiones, rodeando al hombre con su mundo de creaciones idealizadas y exaltando en él los anhelos y comuniones universales — la guerra «progresaba» también en sus medios y fines, pero inversamente a los medios y fines del arte. Sólo podemos decir que las culminaciones creadoras del arte coinciden, es decir, se manifiestan casi simultáneamente con las culminaciones desastrosas de la guerra.

Tampoco podemos reconocer una buena influencia de la guerra sobre el arte. Por abundantes que nos parezcan las producciones artísticas en literatura, teatro, pintura, escultura, música, etc., después de una guerra, no podemos considerarlas como efectos directos, inherentes de la guerra misma. Salvo sus temas, no hallamos en esas producciones algo que pueda comprobar que la guerra ha contribuido con el despliegue de sus fuerzas, con sus terrores y sus «revelaciones místicas» al progreso del arte. La guerra no proporciona al arte una técnica superior; no insufla a los artistas grandes conceptos y visiones creadoras; no fomenta esas aspiraciones hacia la maestría formal y las conquistas supramateriales, ni pensamientos que abarcan las armonías universales. El «arte» que surge después de una guerra es, de hecho, la expresión alterada, prolja, disfrazada y verdaderos designios de la humanidad.

Igual que la literatura de guerra, que usa y abusa

de las palabras genuinamente humanas, falsificando su sentido, las demás manifestaciones artísticas que ostentan temas relacionados con la guerra utilizan los medios de expresión del arte original: de su técnica, que tanto contribuye a concretar y evidenciar los aspectos fugaces de la vida, animar las imágenes, las formas de la naturaleza y las visiones del artista en su afán de crear mundos superiores, mediante sentimientos e ideas que constituyen el fondo de la herencia transmitida de una generación a otra, pese a los destrozos periódicos de la guerra. Esta estorba al arte, refrena sus ímpetus le impone sus temas «extraordinarios», «gloriosos», pero convencionales y estériles. Solamente cuando el arte pueda desembarazarse de cadenas de la guerra, recobra su vitalidad, su potencia de clarificar las latentes y confusas aspiraciones humanas, retenidas en el corazón y la mente de los artistas durante los años negros de opresión política y constricción militarista.

Si buscamos a toda costa el valor artístico de la literatura de guerra (o de las plásticas «inspiradas» por la guerra) podemos estar tentados a menudo por ciertos aspectos grandiosos, deslumbrados por los espejismos de la técnica o por la tensión excesiva de la acción, y por los detalles insospechados de la pobre «condición humana». Puede ocurrir que nos estremezca el trágico de tantas hazañas individuales y los choques gigantescos entre ejércitos, el «heroísmo» que adquiere sentido y grandeza más bien por la interpretación del escritor o de los artistas que por su propia realidad. Volvemos a encontrar en estas obras algunas cualidades del arte anterior a la guerra: sus procedimientos formales, sus reglas y normas en la estructura y construcción, aplicadas en imágenes y escenas en las cuales el papel del hombre se reduce, en última instancia, a la derrota o la victoria, es decir, a la destrucción y la matanza del enemigo.

Si nos dejáramos arrastrar por las ilusiones estéticas, por la sugestión y hasta por el embrujo de estas obras, tropezaríamos entonces con la fórmula demasiado ostentada hasta ahora del «arte por el arte». Por sí misma, esta fórmula es un sinsentido, pero pone de manifiesto una grave confusión: muchos aprecian la literatura y las artes plásticas de guerra por su valor estético. ¡Es bastante refinada esta «estética pura», aristocrática, alógica y amoral! Pese a esta fórmula, las obras de arte inspiradas por la guerra ejercen, consciente o inconscientemente, su nociva influencia. Bajo bellas y grandiosas apariencias, persisten todos los horrores de la guerra, su infierno abrasado y ensangrentado, todo lo absurdo y lo inhumano de sus manifestaciones y los nuevos peligros que amenazan a las generaciones venideras.

Sería más conveniente aplicar al arte y literatura de guerra la fórmula contraria: «arte con tendencia», que parece tan arbitraria como el «arte por el arte», pero explica en cierto modo la finalidad de las mismas. Pues ¿cuál es el chauvinista o militarista, el demagogo o moralista oficial que no esté agradecido por el servicio, consciente o involuntario, prestado por literatos, artis-

tas, mediante sus obras consagradas a la guerra, obras abiertamente expuestas, alabadas y difundidas en todas partes por la propaganda temática, que facilita el «trabajo» pérfido e infausto de los dirigentes políticos y nacionalistas.

En efecto, la tendencia en esta clase de obras literarias y artísticas es demasiado evidente, por variados y diestros que sean los «trucos» del arte que las envuelven; y la tendencia, en estas obras, es mucho más peligrosa que su seudoestetismo. Es desde este punto de vista que debemos juzgarlas y evaluarlas. Por sí mismo, por sus apariencias, el arte no ofrece criterios objetivos de evaluación, o, según la jerga de los filósofos, «juicios de valor». Los colores y las formas de una flor no pueden ser admirados sino como efectos o reflejos de realidades más profundas. Debemos observar también el tallo que la sostiene, las raíces que sorben la savia, la tierra nutricia; debemos pensar también en la semilla para la nueva generación, considerar la planta en su conjunto y descubrir las correlaciones con el medio ambiente — y dejarla cumplir su «ciclo» en el cuadro vivo de la naturaleza, y no arrancándola brutalmente, «marándola», y conservándola por algunos días en un vaso de agua o a lo más en un herbario, para una falaz admiración póstuma.

La literatura de guerra y aun toda la literatura y obras de arte no tienen otro valor que el que le atribuimos nosotros, el valor de nuestra propia reacción ante sus apariencias. Valen en la medida en que expresan o reflejan no solamente la realidad externa — imitación fría, belleza muerta — sino también nuestra realidad interior, personal, tan compleja en sus misterios y manifestaciones; en la medida en que hacen vivir, por doquier y en todo momento, el mundo siempre cambiante, siempre anhelante de nuestra alma; en la medida en que prestan voz a nuestros pensamientos callados; y en la medida en que, por el empeño vital que representan de la misma, nos ofrecen la oportunidad de elevarnos, de superarnos y aun de enriquecer la herencia del espíritu humano de la cultura universal.

La literatura — igual que todas las formas de «producción» cultural y artística — tiene antes que todo un valor «creador» para sus autores. Para el público — lectores, oyentes, espectadores — su valor es también moral. Por relativo y depreciado que sea este vocablo no podemos evitarlo. Lo afirmamos aquí en su sentido profundo, realista y de siempre. El valor moral está correlacionado a los valores humanos, a los anhelos de creación y progresión. Este es, en efecto, el primer criterio de juicio acerca del valor y la validez de las obras culturales y artísticas. Si lo aplicamos a la literatura de guerra, podemos convencernos de que ella es falsa, ajena a las condiciones de creación de una obra «viva». Esta literatura carece de valor artístico y moral — no es ni humanitaria, ni contribuye al avance de la cultura y el perfeccionamiento del individuo. Es sólo un reflejo artificial y generalmente alterado de la guerra, que trata de «espiritualizarse» de este modo.

Precisamente por esta falta de valor intrínseco — genuino, esencial — esta literatura es tan perniciosa. Porque no tiene valores propios, los toma de otra parte: de la humanidad real, que trabaja, padece y anhela entre tantas penurias, pasiones y errores; de su arte, del grande y verdadero arte, de sus obras geniales que la expresan, la superan o la idealizan. Y de este injerto

forzado resulta una literatura ambigua. Es un engendro híbrido, horroroso y prolijo, envuelto en apariencias nobles, dramáticas y cuyos artificios de forma y estilo, pueden satisfacer a menudo los caprichos enfermizos de los «decadentes» y «estetas». Por otra parte, con sus alardes educacionalistas, con sus arengas y prédicas políticas, nacionales y aun humanitarias (¡Justicia! ¡Libertad! ¡Fraternidad!), con sus disfraces y mimos patrióticos, cívicos, religiosos (¡La patria en peligro! ¡Unión sagrada!), puede atraer también al número, a las masas. Dóciles, empujadas por el rebenque de los malos pastores, las muchedumbres se dejan llevar hacia «los campos de honor», hacia los mataderos y cementerios de todas las venidades y todos los desencuentros...

La guerra y el arte son, pues, dos realidades distintas, antagónicas, irreconciliables. El arte tienen en sí mismo, es decir en sus artistas, la «razón de ser», sus condiciones de creación y evolución que tiende a la perfección, pese a los impedimentos de una sociedad injusta y a los forzados compromisos y aberraciones en tiempos de guerra.

El arte, aún si se llama nacional, no puede ser restringido y opuesto de un modo agresivo a otro arte «extraño». Eso ha sido, sin embargo, una de las manifestaciones más penosas y vergonzosas del chauvinismo durante las últimas guerras. El arte es unitario: el color, las formas, los detalles son como la variedad de las flores armonizadas en un gran jardín. El nacionalismo en el arte parece más bien una mera etiqueta de procedencia. El verdadero arte no tiene capillas, celdas, tertulias aisladas. Su universalidad es la primera condición de su desenvolvimiento. Los grandes designios de la especie, los elementos del alma y la razón, de la unidad humana y cósmica — en el incesante flujo y reflujo del misterio y el conocimiento, de la vida y la muerte — constituyen la esencia común e imperecedera de todos los siglos, de todos los países y continentes. Lo nacional — mejor dicho: lo telúrico y étnico — puede diversificar y acentuar con los dones específicos de una colectividad o de una región, la belleza de las obras de arte, que nunca está separada de la «utilidad», la «tendencia», la «moral» o como sea que llamemos a su *valor vital*.

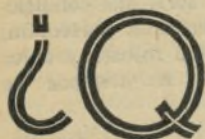
No vacilamos en la creencia de que el arte — que es a la vez ensueño, pensamiento y acción — volverá a su recto camino, aunque no vemos todavía, en estos años de confusión y violencia, una profunda y unánime renovación del hombre, en el sentido elevado de la creación estética. ¡El mismo, el individuo humano, debe convertirse — física, intelectual y espiritualmente — en obra de arte! No olvidemos el pasado. Perduran los recuerdos de algunos grandes siglos de realizaciones artísticas. Aparecerá, y no demasiado tarde, el genio de nuestro siglo, el Hombre-Artista, no en uno sólo, sino en muchos individuos (¡el *Homo faber* esclavizado, autómatas, *robot* y *golem* a la vez, ya existe, por desgracia, en millones de ejemplares!) Vendrá el Hombre-Artista que pueda concretar en sí mismo y expresar mediante sus obras estéticas las aspiraciones de esta humanidad tan puesta a pruebas, y que implantará, en el incesante correr de la eternidad, el testimonio de una nueva victoria de la creación lúcida, voluntaria y libre.

E. RELGIS

(Continuará)

POSITIVISMO INTEGRAL

por Felipe ALAIZ



¿QUE es positivismo? Lo positivo es un concepto deducido de hechos, concepto opuesto y contrario a lo que llamamos negación en un sentido igualmente deducido de hechos. ¿Qué referencia segura puede servirnos para calificar con criterio de certeza lo positivo y lo negativo? Ninguna referencia como la realidad misma tiene valor probatorio. La referencia a la realidad es comprobable siempre.

Tenemos, por ejemplo, un ateo y un creyente. Los dos están infinitamente alejados en lo que se refiere a la convicción respectiva. Pero uno y otro han de estar de acuerdo acerca del horario calculado de un eclipse, de la influencia de la luna sobre las mareas y la circulación de la sangre.

Estos fenómenos naturales son perfectamente comprobables. La ciencia del experimento, única solvente, pone al alcance de los entendimientos estudiosos aquellos fenómenos. No hay persona de juicio que pueda ponerlos en duda, negarlos ni falsificarlos.

El creyente desearía atribuir a su fe — que no se funda en hechos comprobables, sino en suposiciones gratuitas, caprichosas y para él reveladas sin tener certeza de cómo ni a quién — el mismo valor de prueba que ofrece al alcance de todos lo que, igual ateos que creyentes, no pueden negar, falsificar ni poner en duda, esto es, los fenómenos comprobados.

El empeño del creyente es de imposible curso entre gentes razonables, como es fácilmente circulante entre las opuestas, creer lo que no se ve ni se puede comprobar.

No nos detendremos apenas en contradecir al fanático que cierra los ojos a la razón y afirma su creencia en misterios. Sabemos que los ojos son instrumentos maravillosos, que la técnica ha trabajado victoriosamente siglos y siglos para ensanchar el radio de visión aumentando la potencia de la mirada, hasta el punto de que ésta llega a escudriñar el sol con ayuda de la óptica. La espectrografía marca en el cliché de un observatorio la calidad de un metal que arde en el sol y se analizan las manchas de éste para deducir preventivamente los más extraordinarios sucesos del sis-

tema. A ningún astrónomo se le ocurre encomendar su trabajo a las potencias supuestas, que según la teoría mágica todo lo disponen y regulan sin el menor esfuerzo ni el menor saber.

Nadie puede negar que el estudio de la física solar, y en general de la astrofísica, está en vías de conseguir, de manera comprobable también, la previsión del tiempo, la manera de reducir el rigor de las estaciones y el aprovechamiento de la energía solar, que revolucionará al mundo. Todo ello, coordinado con la Geología y la Meteorología, que llegan a calcular la clave de un torbellino y los temblores de tierra.

Pues bien: el sentido experimental de prueba que tienen los fenómenos apuntados, como la desintegración de la materia, que aplicada a la vida y no a la muerte podría suprimir de inmediato todas las injusticias humanas, es el mismo y «el único» que cabe atribuir a las cuestiones sociales, las cuales se debaten en una interminable discusión demencial porque generalmente no se estudian con referencias a la realidad, sino con referencias a la magia y a la abstracción, a la teoría sin experimentar.

En todo conjunto humano hay negadores y descontentos, resistentes y refractarios. Esto es evidente.

Su negación no tendría sentido si no se apoyara en la experiencia. El ser víctima de una injusticia no descubre esta injusticia como un capricho, sino como caos que nadie puede poner en duda. El patrono multiplica el rendimiento de un obrero por el número de obreros que tiene y el producto es un producto de cosas. O lo que es igual, que el trabajo forzado de hombres se convierta en un montón de cosas producidas. Como hombres no tienen para él la menor importancia. Antes y después de producir las cosas el operario no tiene intervención en la iniciativa, ni en la calidad ni en el destino de las cosas.

El hombre razonable que ve transcurrir su vida como una cosa y no como un hombre, se rebela contra la mentalidad adversa y trata de contrarrestarla. Bien. Está en su derecho. Más que derecho, lo que tiene es deber de ser antagonista irreductible.

Pero la rebeldía por la rebeldía es poco. A veces, la rebeldía mal usada, como la libertad mal empleada, conduce a aumentar por oposición el número y la fuerza del antagonista. La rebeldía efectiva ha de ser integral y racional, congruente y metódica, sin vuelta atrás.

La inmensa mayoría de los rebeldes que han formulado normas y programas que ellos creen congruentes con la propia rebeldía, lo han hecho en forma abstracta, en términos abstractos y con argumentos abstractos, teóricos.

Por un lado maldicen a los burgueses en ausencia de éstos y sin que a éstos mismos les importe nada la maldición. Entre ellos mismos se maldicen los burgueses y se atacan constantemente. Traman guerras para disputarse predominio y favor. Las dos contiendas mundiales últimas, han producido unos 20 millones de muertos, más un volumen de víctimas no combatientes. ¿De qué sirve maldecir a quien dispone de 50 o 60 millones de forzados para la guerra?

Después de la maldición, a la hora de procurar el remedio, a la hora que podríamos llamar de la verdad, se dividen y subdividen los maldicientes en tantas fracciones que cuesta trabajo contarlas.

La mayoría se acumula en el Estado abstracto, es decir, teórico. Millares de fórmulas se propagan entonces por los ideólogos para renovarlo todo. Luego resulta que el Estado no renueva nada. No maneja los instrumentos de trabajo para construir una carretera. Los manejan precisamente los que no tienen intervención en la iniciativa de la obra, ni en su destino o finalidad, ni siquiera en su solidez. Y así ocurre que el Estado tiene el control absoluto de todas las obras, incluso de las inútiles.

¿Por qué el Estado consigue su designio? Por la servidumbre voluntaria de los más, que han trocado su rebeldía en obediencia. Ya lo demostró La Boétie.

¿No hay, aparte de la servidumbre voluntaria y pasiva de los más, una resistencia de experiencia coordinada que sigue en la brecha con su pensamiento integral, capaz de conseguir avances tan evidentes que puedan sumarse a otros definitivamente conseguidos?

Hay casos aislados, pero no coordinados. Hay pequeños círculos evolucionados que se mueven con impulso positivo, pero en medio de la indiferencia general. ¿Por qué?

En primer lugar porque para un entendimiento descontentadizo y positivo, es decir, para quien no se deja sugestionar por los llamados acontecimientos culminantes — guerras, régimen que cambia de nombre pero no de mentalidad, informaciones de relumbrón, táctica alarmista de la prensa y de la radio, grandes reuniones de la diplomacia, que constituyen la más desvergonzada profesión de mala fe, etc., — para el hombre avisado, lo primero del mundo es el hombre. Lo más valioso, lo más importante que sale de una mina de oro, no es el oro, sino el minero. Y en general, interesa más que el hombre como tal, el profesional. El interés adverso a la cualidad del hombre como tal se ve compartido a menudo por el minero mismo o por

sus líderes, lo cual produce, al abandonarse la rebeldía integral, este hecho escandaloso: a medida que sube el precio del carbón disminuye el valor del minero en la vida corriente, es decir, disminuyen las ocasiones de aprovechar para la capacidad humana del minero el tiempo sobrante del trabajo porque no queda tiempo para lo que no sea extraer carbón.

En segundo lugar la expansión de ideas sociales no puede concebirse como eficiente más que de ser a ser, de conciencia a conciencia. Se va desvalorizando el hombre como tal, que todos los sistemas autoritarios dan importancia exclusiva a un conjunto de hombres «standard», en abstracto, como los consideran la ley electoral, que dice: un hombre un voto, dos hombres dos votos, todos los votos iguales, todos los hombres iguales, el fundador y el banquero, el sabio y el ignorante. Por ello la propaganda electoral no se dirige a hombres distintos, sino a hombres inventados, todos iguales y cortados por el mismo patrón, a hombres en teoría.

La expansión de las ideas ha de seguir camino opuesto, porque no hay hombres iguales. Uno es prioritario para la comprensión, otro retardatario. Uno posee un grado reducido de conocimientos, otro lo posee más extenso. Uno está deformado por el profesionalismo y el corporativismo, lo que supone emplear un tiempo precioso en demostrarle que hay siempre un más allá y que precisa partir de cero cuando se confundió el número 2 o el número 16 con el infinito. Otro está poseído de tan incommovible suficiencia, de tan susceptible y vanidosa credulidad, que se cree de vuelta de todo, suponiendo que su aldea y su oficio, su nacimiento o su raza, están por encima de todo, más allá del bien y del mal y en una montaña olímpica.

Todos los hombres, sin embargo, pueden ser sensibles a la relación individual con otro hombre. Esta relación (de tú a tú) es eficaz para que las ideas sean compartidas, pero con previa deliberación y contraste de referencias positivas y no por contagio, como pretenden los argumentos «standard» que frecuentemente se oyen a los oradores, los cuales cuentan a menudo con el oyente «standard», que sólo piensa en tal o cual fórmula ajena y poco menos que milagrosa para salir del paso.

En la intercomunicación de conciencia, no hay un hombre «standard» y junto a él otro hombre «standard», en serie con otros, sino que hay dos hombres distintos; que se complementan, se ayudan, se contradicen o veces y se hermanan trabajando juntos en vez de oponerse el uno al otro con ferocidad. Y sobre todo, la sensibilidad de cada cual se meteoriza y tonifica con la experiencia común, de la que jamás se puede ni se debe prescindir. Las dos conciencias influyen cada una en otra recíprocamente con método y constancia. Lo que no consigue la propaganda «standard» de uno a tres mil oyentes «standard», queda conseguido de conciencia a conciencia en un sentido igualitario y ascendente. Las conciencias captan otras conciencias, éstas otras y la progresión partiendo de cero se establece de una manera congruente.

El ejercicio saludable de conciencia a conciencia, puede ser un diálogo del hombre con el libro. Pero hay que tener en cuenta el gusto de selección en la lectura, gusto que no puede adquirirse sin método para asimilar lo leído.

A este respecto, podemos aducir una opinión ajena, verdaderamente valiosa: «En España — dice el autor, como podría decir refiriéndose a otros países — de todo quiere hacerse pretexto para eludir el deber social. Ningún pretexto más pernicioso que el de fundar en el talento o en el saber un privilegio contrario a la regla común. El talento es don natural, que por sí mismo a nadie cualifica. La sabiduría está al alcance de quien la quiera o pueda tener. Basta estudiar para ser sabio, aunque el estudioso, larva de sabio, sea tonto. El talento y el saber se califican por la probidad o la honradez de su empleo. Consiste esta honradez en reconocer la deuda con la sociedad y abnegarse para servirla. Porque sin su apoyo y socorro, imperfecto el apoyo cuanto se quiera, muchos que se engrienen de ser talentos, sabios o técnicos, y toman ocasión de ello para infringir las reglas elementales de la decencia pública, estarían destruyendo terrones. En España, las cosas de la cultura suelen tener pobre arraigo, aire de advenedizas, de ropilla dominguera, como en país colonial y desvanecen a los espíritus ligeros que con ella se adornan. La sabiduría, o lo que pasa por tal, corrompe a veces más que el dinero.»

Estas palabras condensan acertadamente el punto de vista de un observador inteligente. Ciertamente que la cultura presenta una base desordenada y separatista. Es una cultura superior inasequible para la generalidad, o bien tiene un aire de vulgarización apresurada, prendida con alfileres, sin principio verdaderamente metódico. Se dedica al hombre «standard» para que se la asimile automáticamente como otro hombre cualquiera, sin contradicción ni contraste, sin aporte de dudas ni de sugerencias, ciñéndose a lo escrito o dicho antes, también en sentido «standard». Refiriéndonos concretamente a la Historia, podemos decir que los historiadores se plagian y cuando no se plagian se contradicen. Pero en la contradicción no hay referencias a la realidad sino a un sentido frontal y oficial, uniforme y caprichoso, rebelde a veces a los textos que podríamos llamar legales, pero no deducido de hechos innegables.

Por ejemplo, si se escribiera la Historia de la Rueda, la evolución de este elemento civilizador, sus servicios a la vida del conjunto, sus aplicaciones al transporte, a todas las industrias y a todas las artes, tendríamos una visión parcial pero integral y positiva, sin vuelta atrás, de la rueda. La intervención de dinastías, pleitos y guerras veríamos que fué nula en la evolución de la rueda desde la sección cortada de un tronco a la dinamo, al exprés, al caucho, a los instrumentos de precisión. En todos los textos históricos la rueda figura episódicamente, superficialmente.

Es preciso, pues, aniquilar el sentido desorde-

nado y separatista de la cultura al uso para dar importancia máxima a la primera base de aprendizaje de mirar, de observar, de mejorar, de hacer, de completar, de analizar.

Los obreros tienen como una convicción de inferioridad en el terreno de la cultura, cuando si cada operario evolucionado se aplicara a describir o explicar lo que hace, resultaría un conjunto escrito de experiencias y razonamientos equivalentes a los textos de una carrera universitaria. Tiene el operario la base de **hacer**. Le falta la base de libertad para **seguir haciendo** con más eficacia y mas ayuda ajena.

Esto puede conseguirlo adaptándose a un esfuerzo de congruencia, mas que entre su labor profesional y lo que puede inquirir, entre sus deseos de capacitación como hombre y el camino abierto por él mismo para seguirlo con fruto y estimulante rendimiento.

Siguiendo sus propias huellas, afirmándose en sus pasos para transitar por la ruta que él mismo despeja y hace atractiva la buena compañía, lo que hará es aficionarse y entusiasmarse en pro del positivismo integral, que no necesita más aperitivos ni más estímulos que el avance conseguido por personal esfuerzo. La obra bien hecha, la obra de la propia capacitación humana, referida a realidades que dan ideas y no al revés (porque un hombre produce ideas pero las ideas no son capaces de hacer nacer un ser) consigue, rehuyendo todos los procedimientos «standard», adaptarse al estudio de la experiencia continuada y no de la ideología sin experimentar.

En la complejidad del mundo moral y del mundo físico, todas las ideas están experimentadas en principio en la realidad; y **posteriormente**, después, **no antes de la experiencia**, convertidas en normas ejemplares. Este es el sentido verdadero del positivismo integral.

Podemos decir que creemos en un mundo fraternal y pacífico. Podemos enunciar o emitir los propósitos más nobles de vida solidaria. Pero si no **nemos realizado** en nuestra intermediación, en nuestra familia, en nuestro medio de relación, trabajo y amistad un principio **comprobable** de avance, nos moveremos en el vacío, sea cual sea la etiqueta con que nos adornemos. No hay nada tan fértil como el positivismo integral, razonador, nivelado y congruente, que exige implacablemente atenerse a los hechos para deducir teorías fraternales. Podemos ser tolerantes con los hombres equivocados o embrutecidos por el ejercicio o el deseo de ostentar autoridad o dominio, pero no cabe flexibilidad de fondo con los hechos que están ahí a dos pasos para la interpretación fiel y que en definitiva, conservan y mejoran el mundo, que no vive de teorías sino de hechos coherentes, de trabajo útil, de fraternidad dispersa y de moral comunicativa. La cultura bien entendida, la base metódica, establece el vínculo más apropiado por sí mismo para aprender y enseñar, para mejorarse y ser indulgente sin perjuicio del integralismo.

El pensamiento vivo de Han Ryner

No seas el oficial o el guardia al servicio de los demonios que viven del trabajo ajeno; no seas tampoco el prostituido cuyas gentilezas intelectuales mendigan al rico ladrón algunas migajas de su mesa; sé, por el contrario, valerosamente el hombre que trabaja para comer y que come para pensar y soñar.

Nadie debe obedecer más que a su propia conciencia.

La finalidad suprema de la vida es ser uno mismo, con sencillez e ingenuidad.

Nada se aprende en verdad más que de uno mismo.

La educación oficial es una apropiación de lo que no debería ser apropiado, la conciencia individual.

Si no lo vigilo, el amor por mis hijos cae en un despiadado egoísmo; pues me amo en ellos y, en ellos veo una manera de sobrevivir.

El crimen paternal siendo reemplazado hoy por el crimen social, infinitamente más completo y destructor; se roba al niño y se le roba al padre; y así la sociedad ladrona entrega el niño a los seres más nulos, más amorfos, a aquéllos cuya individualidad está absolutamente muerta, al profesor y al sacerdote, esos montones asfixiantes de tradiciones y prejuicios.

Si yo quiero arrancarte a los otros no es para conducirte a mí, sino para entregarte a tí mismo.

Escapa al gregarismo social, no seas un ser relativo, un instrumento, un engranaje, un rol en un drama que tú no has escrito; sé un todo y entonces podrás ser tú mismo; de lo contrario, la educación comenzada por los artificios del liceo será comenzada y agravada por lo artificial de la profesión y de la carrera.

Yo no puedo decir más de lo que Apolo dijo a Sócrates; el solo precepto real y positivo, y que yo no he inventado, es el que se encontraba esculpido en el templo de Delfos: Conócete a tí mismo.

Felizmente cada hombre no tiene que vivir más que su propia vida.

En el mundo hay muchos Sanchos de grueso vientre, que siempre cierran los ojos y van subidos en su asno, la opinión común.

Nada hay superior al hombre que tú eres; sé útil a tí mismo, hombre de quien conoces mejor las necesidades y sobre quien tienes más influencia.

Cada uno solamente puede construirse a sí mismo.

El amor es solemne y sencillo como todo lo que es natural, el gesto que transmite la vida es hermoso como los gestos que conservan la vida; sí, es hermoso y solemne amar en la juventud, como es hermoso y solemne recoger un fruto cuando se tiene hambre, como es solemne y sencillo llevar, en el beso de la cuenca de las manos, el agua a una boca que tiene sed.

No te arrodilles nunca y mantente siempre de pie con firmeza.

La belleza es interna y no externa y para ser gozada no tiene necesidad de ser vista.

Las máximas de Epicteto son más hermosas que los Evangelios; su buena nueva no se basa en esperanzas insensatas; el reinado que nos ofrecen es el de nuestra voluntad, no el de los cielos hipotéticos; están exentas de todo charlatanismo y no tratan sobre milagros.

Cuando hablo me esfuerzo en decir mi pensamiento con exactitud; me aplico en hablar justo y no en hablar fuerte.

Vivir como debes es la sola manera de enseñar a vivir.

Yo hablo para los que tienen orejas, aunque sepa bien que las orejas son raras.

Seducir, es siempre engañar.

El sabio carpintero no es el sofista que con elegancia habla del cepillo y de la sierra, de la madera cepillada o de la madera serrada; el que sepa cepillar y serrar puede balbucear o ser mudo; pero es más sabio carpintero que todas las elocuentes sirenas.

El sabio escultor no era aquel Gorgias que con palabras ritmadas podía elogiar al cincel y a la obra del cincel, cantar a Fidias y a su Júpiter Olímpico; al contrario, era el mismo Fidias que podía esculpir al Júpiter Olímpico.

MITO Y META

AUNQUE al autor de estos breves ensayos no le gusta meterse en camisa doctrinal de once varas va a hacerlo ahora a la intención de unos compañeros que le señalan carentes de facultades y de gusto para afrontar resueltamente los arduos problemas críticos que plantea nuestra ideología en el plano filosófico y social.

Más que de facultades (que tampoco abundan) es sobre todo cuestión de voluntad. ¿Para qué va uno a meterse en el terreno que siempre hubo viejos labradores que con la pluma y la palabra hicieron de las ideas magníficos planteles que nadie ha logrado superar hasta hoy? Para pisotear los surcos y tronchar las espigas más vale quedarse quietecito en la linde. Porque hace más daño el ignorante metido a filósofo que el filósofo que, por inversión, se convierte en tirano. Aquél es susceptible de sorprender la buena fe de millares de gentes sencillas que terminan despreciando la hermosa desnaturalización, y por no creer en nada mientras que el tirano no engaña a nadie, durando su euforia tanto como le permitan el iracundo esplendor de sus crímenes y vilezas.

Y vamos al grano; un grano pequeño como es el cuadro asignado deliberadamente a estos ensayos y porque, además, alguien dijo, con mucha pupila que «lo bueno y breve dos veces bueno».

★
El sabio filósofo no es el que habla con elocuencia de la virtud y no la practica.

★
La buena voluntad es la sola virtud y la sola victoria; el ejemplo es la sola lección eficaz.

★
La sabiduría es el arte de vivir como un Hombre.

★
Si comer es una necesidad, producir el equivalente del alimento que se come es un deber.

★
Desprecia a la ciudad (1) gracias a la cual el hombre sigue siendo una bestia mala; desprecia a la ciudad, que impide al individuo armonizarse consigo mismo.

★
Hay quien se imagina que el trabajo manual, es decir, el trabajo natural, el que no es esclavo de máquinas esclavizadoras, el que ignora los juguetes reclamados por los grandes niños en nombre del lujo y de lo confortable, pero que siembra y cosecha los solos productos indispensables, es hostil al pensamiento.

(1) Entiéndase este vocablo en el sentido que le daban los griegos antiguos.

El mito es una especie de obsesión, de idea fantasmagórica que anida en la mente del hombre desde que el hombre no era hombre. Los mitos cavernícolas, los mitos religiosos, los patrióticos, los mitos sociológicos. Paralelamente a la evolución de la especie humana se ha ido desarrollando la idea del mito cubriéndose con el tinte más apropiado a cada estadio de civilización. En nuestro tiempo se ha hecho «progresista», obrerista, revolucionaria. Grandes multitudes sugestionadas por la entusiasta demagogia del siglo creían indiscutiblemente que la revolución manumisora estaba detrás de la puerta. Los poderes anacrónicos se hundían. El Estado, la Iglesia, la burguesía eran cosas decrépitas fatalmente condenadas por la historia a desaparecer ante nuestros ojos. Y sólo faltaba dar la orden de insurrección en todos los países para que sobre las ruinas de la sociedad autoritaria se elevara la maravilla soñada por los grandes precursores de la humanidad. A Godwin, a Kropotkin, a Stirner, a Malatesta y a Mella se les atribuyen conceptos y lirismos que no habían concebido nunca. Era la fiebre del sueño mítico. La multitud pisoteaba, con razón, los milagros divinos pero admitía, sin pestañear, los del hombre convertido en santo nihilista. La acción y el deseo eran suficientes para alcanzar todos los fines por altos que estuvieran. ¿La Ética? ¿La Cultura? ¿La Técnica? ¿La Reflexión? ¿La Ciencia y la Conciencia? Eso vendría después. Y lo que llegó fué el fenómeno autoritario del bolchevismo ruso, el fascismo, el nazismo, y la pérdida irreparable de la Revolución Española, que era la esperanza postrema del siglo en un mundo auténticamente mejor.

El mito había puesto alas a la voluntad de los hombres, pero les privó de los elementos naturales precisos para alcanzar y vivir en las cumbres. O mejor dicho: el mito les había desviado de la meta... La meta de los idealistas, de los revolucionarios de corazón y cerebro estará lejos, muy lejos, pero ellos la acercan más que nadie en las dilatadas planicies de la evolución histórica. Una meta no se alcanza antes por ir más deprisa sino por haber dado pasos certeros y por la circunstancia de saber escoger inteligentemente, serenamente, reflexivamente, el camino más recto.

Es evidente que el complejo mundo de hoy es más reactio que ninguno a las altas conquistas sociales y morales proyectadas hacia el mañana. Su entraña estadística, multitudinaria consecuencia natural del fenómeno ruso triunfante, representa un obstáculo inédito de extraordinarias proporciones. La necesidad de vencerlo exige un doble esfuerzo que quizás no tuvieron que desplegar las ilusionadas generaciones que nos precedieron. Pero a juicio mío cuanto más lejos de nosotros se halle el mito más cerca estamos de la meta, ¡de nuestra meta!

CONRADO LIZCANO

JUSTICIA Y DERECHO



A expresión de estas ideas heréticas ha de chocar con las ideas tradicionales que son aceptadas por la rutina pseudo legalista.

Sin autoridad se aborda este tema que parece estar reservado sólo a los juristas.

No obstante, todos sufrimos la norma y estamos sometidos a las leyes que promulgan los que se sientan cómodamente en los sillones de los congresos nacionales e internacionales... para mal de todos.

Hay quienes disertan doctoralmente sobre «Filosofía del Derecho» y sobre el comportamiento del hombre ante las leyes.

No se puede negar la influencia de lo económico en el origen del Derecho para regular el teje-manaje de los negocios.

Desde que los hombres se conglomeraron en ciudades más o menos extensas, desarrollaron su tendencia a la rapiña y a la explotación de sus semejantes bajo el manto del comercio, que es el robo legalizado por la justicia codificada y simbolizada por la balanza y la espada.

Quiere decir que no hay justicia que acabe sin violencia y menos equidad. Entiéndase bien que si justicia y equidad parecen ir juntas, lo cierto es que la justicia legalista se funda en el derecho de reconocer a cada uno lo que le pertenece, «dar a cada uno lo suyo».

Así, ya se entra de lleno en el galimatías de los intereses encontrados, de las luchas del egoísmo y de la tendencia de los «fuertes» a preponderar, para despojar a los «débiles» del derecho natural de vivir sin coyundas.

Los astutos e inteligentes para su propio provecho inventaron los símbolos de la mística bajo la apariencia de un origen teológico, a fin de que la masa acatase la magia de los dirigentes y de los aprovechadores de la riqueza natural y de la creada por los artificios de la industria creciente.

Esta es la justicia que, a través de las vicisitudes, no ha hecho más que los horrores y errores en que estamos sumidos todos los que caminamos en esta tierra amojonada por los mandones que, a fuerza de látigo y de represión, han obligado y siguen obligando a los resignados a construir esta máquina absurda de la civilización y el progreso.

La equidad raramente se invoca, porque ella presupone igualdad económica y respetar las posibilidades de todos para vivir y prosperar aisladamente o en colaboración.

«Vivir y dejar vivir», tal es el incentivo racional que naturalmente debería acatarse, puesto que en él está la verdadera armonía posible a la que se oponen tenazmente, por la sugestión y por las armas, todos los «maestros» de este estridente des-

concierto que nos hace perder la razón y nos muestra claramente que el mundo es un manicomio suelto, en el que se cometen las mayores atrocidades.

No es necesario enumerar los crímenes y las aberraciones sociales.

Basta con acusar a la desigualdad económica y a la autoridad de cualquier forma de ser los principales fautores del desorden existente en la convivencia.

Mas este desorden real se enmascara con todas las apariencias de un orden perfecto. Y así desfilan en el macabro espectáculo social los hombres uniformados de todas las clases que guardan el aparente equilibrio por la represión.

Para los que razonan imparcialmente, no son precisamente los uniformes exteriores los que degradan a la especie. Lo grave es evacuar lo que se lleva en la inteligencia averiada: uniforme de prejuicios, mentiras, hipocresías, convencionalismos, intereses contrapuestos, que forman el caudal contraproducente transmitido por la educación, la instrucción y el medio ambiente.

No es extraño, por tanto, que las inteligencias moldeadas por las peores tradiciones autoritarias, antivitales, se expresen en todo lo uniforme y rutinario de la existencia social, que se afirma más y más con el desarrollo de la violencia organizada para conservar ese orden que tanto se parece al orden de los cementerios.

Contra los que obedecen, sin análisis, norma social, basada en el derecho sancionado por la justicia leguiesca, se levanta la razón para afirmar que los elementos naturales, en todos sus aspectos telúricos, influyen en el modo de comportarse el hombre consigo mismo y con los demás.

«Dime lo que haces y te diré quién eres». Siempre valieron más los hechos que muestran la conducta humana, acendrada en la ética individual, que todas las prédicas y admoniciones doctrinarias. En la dialéctica del absurdo convivir, por la sugestión se moldea a los temperamentos débiles y obedientes a la norma jurídica y a las funestas normas sociales.

El hombre se desenvuelve en un círculo muy reducido de ideas flotantes en el ambiente; es muy difícil que salga del mismo cuando no tiene un propio interés para intentarlo.

Por ejemplo, el rico no acepta que se aprovecha de una flagrante injusticia, aunque jamás haya trabajado útilmente para adquirir y acrecentar su fortuna.

El sentimiento de justicia es muy débil o nulo cuando tiene que enfrentarse con el interés particular dominante, que quiere a toda costa conservar su privilegio.

Es un error afirmar sincera o solapadamente que hay «una justicia inmanente» y que ella ha de realizarse por la sola fuerza objetiva y aun contra el deseo de los hombres injustos.

El ideal de la ley sería la exacta expresión de la justicia. Mas la ley, en su esencia, no puede ser justa, porque es general y su aplicación se refiere a casos particulares de gran complejidad.

La oposición entre el derecho legal y el derecho natural es evidente. ¡Cuanto más grande es el derecho, tanto mayor es la injusticia!

En la práctica, las leyes representan el interés de los fuertes y en modo alguno el interés general.

El siniestro aparato de la justicia es, sobre todo, una máquina para engranar o aplastar a los desheredados del poder, en el que pululan ladrones y asesinos en potencia. El rico raramente se sienta en el banquillo de los acusados.

Las ideas de justicia y libertad han presidido la constitución de los estados democráticos y en nombre de ambas se han hecho y se siguen haciendo las tramas revolucionarias y aún las guerreras.

Hasta ahora, la justicia ha sido derrotada y la libertad continúa siendo un mito que se aviene a la scomponendas de lo que se tiene por «libertades políticas».

Los fuertes y los astutos siguen organizando la injusticia en su propio provecho

La joven burguesía considera caduco el débil respeto que antes se tenía por las ideas de libertad y justicia, clasificadas hoy como románticas.

Exacerbada la lucha de clases, se mantienen los privilegios y se sigue explotando a las masas, ya no en virtud de un derecho falaz, sino por la fuerza desenfundada, sin escrúpulos y con el escamoteo de las leyes de previsión social que, en su aplicación, resultan de real imprevisión.

Está en pleno auge la mística del fascismo, del totalitarismo estatolatrá, de las dictaduras descaradas y cínicas y de las encubiertas por el principoso hábito de las democracias, incluso la soviética que quizá ganará a todo el mundo para unirlo a su carro triunfal de bárbaro imperialismo.

Este triunfo de la filosofía de la fuerza, escarnio de la verdadera filosofía, es un desastre que se extiende a toda la humanidad supercivilizada, que conducirá a la guerra total de estas guerras parciales que acaecen y que terminarán por las más atroces depredaciones, trasladando acaso el cetro de la infelicidad a manos de los grupos más salvajes que aún existen en esta tierra que se hace inhabitable. Pudiera ser que por esta razón de la sinrazón, el hombre de la técnica siga explotando y avanzando en la conquista del cosmos para ver si descubre otro mundo en que pueda sobrevivir, o para llegar, sin otra alternativa, al suicidio colectivo de la especie enloquecida o enajenada.

Nada de profecías apocalípticas y sí la realidad de la angustia actual. No hay condenación ni salvación inapelable; nadie sabe las fuerzas imponderables que pueden influir en bien o en mal para que la humanidad siga existiendo.

La verdad relativa parece hallarse al lado de los

escépticos, que no son ilusos, ni creyentes y escudriñan las causas y los efectos de los conflictos. El mayor escepticismo es de observación imparcial ante los fenómenos, con amplio horizonte racional no autoritario, antidogmático y desobediente a todas las doctrinas metafísicas y también a las que pretenden encauzar a la humanidad por medio de la técnica impuesta para la automatización social, que sería un nuevo pináculo de la esclavitud del hombre.

El tema del Derecho se presta a la erudición, después de haberse desojado escudriñando una accidentada montaña de tratados especiales sobre la historia real y la imaginada por los filósofos antiguos y modernos.

Un análisis desinteresado, desprejuiciado y, por tanto, libertario, puede contradecir, con razones invulnerables todo lo que contribuye a hacer malas las relaciones humanas.

Hay esta declaración de principios: «El derecho universal, inmutable, origen de todas las leyes positivas, es la razón natural que sirve de gobierno a los hombres».

Los juristas distinguen el derecho natural por oposición al derecho positivo. Las lucubraciones al respecto son múltiples, como los filósofos que las han concretado. Y sigue la dificultad de determinar lo que es o no conforme al derecho natural.

Las concepciones filosóficas y morales obedecen en gran proporción a las transformaciones sociales en las diferentes épocas históricas. Se producen grandes divergencias por razones económicas y de ahí la confusión de tantos proyectos y reformas en los que no es posible hallar el derecho natural. Tampoco ha sido posible, en condiciones tan accidentadas, redactar un «Código de leyes naturales» para guiar a todos los legisladores de todos los tiempos y de todas las naciones en su aplicación jurídica.

El concepto de «leyes naturales» es arbitrario y se basa en prejuicios. Sólo hay condiciones variables de fenómenos, que se repiten y no son eternos y se modifican por otras condiciones igualmente relativas y no absolutas.

Así actúan las fuerzas de la vida acciones, interacciones y reacciones.

Negar el derecho natural no es negar a la razón, sino reconocer la imperfección de ésta. Es asimismo negar los presuntos principios naturales sintetizados en el «derecho divino», en el derecho monárquico, en el derecho de los pueblos y, en suma, en todos los derechos autoritarios, en cuyo nombre se arrastró y se lleva a los hombres a matarse, después de luchar en el cúmulo de sus contradicciones. A la vez se repudia la legitimidad de las tiranías, de los despotismos, de las dictaduras que se apoyan sobre la idea divina o sobre un supuesto consentimiento de individuos, de grupos o de sectas.

Los juristas, como buenos enredadores, afirman que existe una ciencia moral con muy estrechas relaciones con el derecho. Sin entrar a definir la moral y menos tratándola como ciencia, se la pue-

de considerar como el conjunto de ideas, prejuicios y pasiones que conciernen a la conducta de cada uno ante sí mismo y ante los demás.

Los partidos que dicen defender el orden, la moral, la fe debida a los pactos contractuales de la nación en que viven, se creen obligados a proteger con toda su fuerza a la horda de aventureros y de especuladores capitalistas que se amparan en el derecho consuetudinario.

Lo más elemental de la moral llamada social se hace chocante; el público observador, ante este inoble espectáculo de subversión de la norma jurídica, se acostumbra a pensar que ya no hay ni leyes morales, ni leyes sociales que puedan evitar las más cínicas especulaciones; cada individuo se esfuerza por obtener una parte del botín, con mayor hipocresía que hace miles de años, pero con un egoísmo y una brutalidad acrecentados en esta lucha por la riqueza. El derecho que protege esta acción perenne es todo lo contrario a lo que dice la moral.

Todas las reformas del derecho en una sociedad de clases se estrellan ante la muralla que resguarda los juicios de los tribunales.

Si el observador desinteresado e imparcial aborda el derecho positivo, comprobará que derecho y utilidad social, en todas las legislaciones antiguas y modernas, no se confunden y hasta se oponen entre sí.

Las reglas del derecho han sido creadas frecuentemente por el interés de una pequeña minoría; o de uno solo, y no por la utilidad general; han servido como medio de opresión a los sacerdotes de todas las religiones y a los monarcas.

Antes y ahora, los prejuicios religiosos y sociales, traducidos en leyes, van contra el bien general y hasta contra el orden público.

Las sociedades antiguas no tuvieron noción del derecho individual

Los grupos familiares y sociales obedecían a ciertas reglas transmitidas por la tradición que tenían carácter religioso. Toda rebeldía contra estos principios se consideraba antídívina y era castigada con la muerte, asegurándose así la dominación de casta, familia o jefe. Esta dominación es absoluta en la familia antigua y el jefe tiene sobre todos los miembros del grupo el derecho de vida y de muerte. La mujer y hasta el hijo mayor no tienen derecho alguno.

El ramaje del frondoso árbol del derecho, que ensombrecen todas las actividades sociales, demuestran que hoy, al igual que hace dos o tres mil años, siguen en vigencia las costumbres, rutinas y prejuicios como obligaciones que imponen las leyes.

Bajo una forma más atenuada, con la hipocresía de una civilización menos brutal en apariencia, el cerebro humano conserva la noción bárbara de la autoridad en sus diversas formas.

Las costumbres hacen leyes y también las leyes forman las costumbres, o la moral. Y siempre el ser humano sigue sometido a imposiciones inexplicables e injustificadas por los sentimientos de justicia y de utilidad general, que tienen su ori-

gen en la voluntad del más fuerte, en el temor, o en el misterio de las fuerzas naturales que engendraron la superstición religiosa.

De la moral vigente, que cohabita con toda clase de prejuicios antibiológicos, nacen las costumbres del sometimiento individual a la función de las leyes... ¿Para qué sirven, si no, los textos legales que no se imponen por las costumbres?

Los juristas pueden afirmar doctoralmente que las leyes pueden ser aplicadas con estricta justicia, mas los parlamentarios legisladores desmienten los hechos, ya que sus proyectos legislativos no buscan el bien general y si la satisfacción de los intereses de una u otra categoría de sus electores.

No obstante, todos los esfuerzos de conciliación y todas las previsiones indican la confusión del bárbaro sistema jurídico, que no pueden evitar las solemnidades académicas con todas sus brillantes disertaciones en que el sofisma impera por excelencia. El legislador es impotente enfrente del caudal de hipótesis que pueden presentarse en la interpretación práctica de las leyes, en cuya aplicación de deberes y derechos cunde la más oscura incertidumbre.

En todo caso, es la costumbre la que rige en la reglamentación jurídica, porque la interpretación literal de los textos es el pretexto para adoptar soluciones provenientes de los prejuicios del medio social.

Por encima de las leyes escritas existen principios, que son los «adagios del derecho» y se consideran vigentes en jurisprudencia, ya para interpretar los textos o bien para completarlos.

La autoridad de estos anacrónicos principios jurídicos forman la base de lo que se considera «cultura jurídica» y de la enseñanza en la Facultad de Derecho.

El derecho escrito, el «promulgado», parece que no puede separarse de tales principios caducos... La costumbre y la tradición gobiernan al mundo, es decir, lo des gobiernan.

Es abrumador todo el fárrago de leyes, códigos, reglamentos y decretos que forman esa selva en que se pierden los hombres de leyes.

Para el hombre racionalista, que busca la claridad y el análisis que convenga a toda la humanidad, es incomprensible cómo puede haber aficionados a seguir esta carrera en que se pierde el juicio crítico.

Sin la menor intención de ofender, cabe señalar esta extraña vocación a los estudios laberínticos de la jurisprudencia para obtener un título y poder actuar en los líos sin fin de las contradicciones sociales, que las leyes complican más cada día.

El hombre que maneja las leyes se nos aparece como un ente «solemne» que pierde la sonrisa irónica, que es la sal de la vida, para enfascarse en el derecho humano que procede del derecho divino.

Esta espontánea digresión afirma y no contradice estas glosas desenfadadas, que sin duda merecerán la repulsa de los «sensatos» que no se separan teóricamente ni un ápice de la norma que rige las pésimas relaciones humanas... ¡Monumento de

monstruosidades que las leyes sancionan para mal de todos!...

Y volviendo a la selva del derecho escrito, que establecen las «malas costumbres», se puede aludir muy someramente a las divisiones o clasificaciones de los diversos derechos.

La primera de estas divisiones se refiere al concepto nacional y al internacional

En lo nacional rigen las reglas legislativas fundamentadas en la tradición y en los preceptos religiosos. En lo extranjero no existe otra regla que la del más fuerte, o sea el estado de guerra permanente.

Con la evolución económica se forman los principios jurídicos aplicables al extranjero, sin los cuales todas las relaciones comerciales y todo el intercambio no hubiesen sido posibles.

Lo que concierne a los intereses de los individuos pertenece legislativamente al derecho privado. En relación existe el derecho público que reglamenta o pretende reglamentar las relaciones entre naciones por sus intereses generales. No obstante, todas las organizaciones legales e internacionales no han podido impedir que unas naciones se lancen contra otras para matarse y hacer triunfar de este modo funerario el «buen derecho» invocado por los gobiernos civiles o militares, monarcas absolutos o parlamentarios.

El derecho internacional público codifica las leyes de la guerra, que son violadas indistintamente por los bandos beligerantes. La barbarie cambia de forma y busca pretextos falaces. La guerra de antaño oponía hombre contra hombre, como en la selva primitiva donde la bestia buscaba su alimento. La guerra de nuestros días supercivilizados organiza y autoriza el degüello y el aplastamiento en masa por todos los medios que la ciencia ha podido hallar para hacer respetar, ¡oh, sarcasmo!, el presunto derecho de los pueblos.

El derecho nacional se ramifica también en derecho público y privado. El derecho público comprende el constitucional, que es la organización general del Estado; el administrativo, que dice regular los intereses particulares con los que establecen las leyes, y el penal, que condena al que contradice con hechos y aun con palabras al orden público y viola las disposiciones del engranaje autoritario, por cuya conservación y mantenimiento velan los que viven del presupuesto, en el que pululan todos los parásitos sociales y devoran las energías de los que trabajan en algo útil para el humanismo acendrado por la razón, del que todos deberían participar para la verdadera cooperación biológica, que se define como una participación total de la producción de la riqueza y de su distribución igualitaria.

Se distingue así esta proposición del dualismo tan en boga de dividir al hombre en cuerpo y al-

ma, materia y espíritu, que, en vez de solucionar los conflictos, los agranda y los hace vitalicios. Se alude a la verdadera riqueza que armoniza y hace más sano y más razonable al individuo, lo que se lograría suprimiendo muchos artificios y aplicando la ciencia y sus técnicas al mejoramiento y a la extensión de la vida individual y social, sin los terribles choques a que eponen los intereses contrapuestos y sí con el interés común a nuestra especie.

Concretando es sabido que hay una acepción del derecho como ciencia. Sea arte o sea ciencia, siempre resulta funesto para la convivencia, que es lucha de intereses antagónicos dentro de los conceptos autoritarios, que no producen más que conflictos insuperables.

La conclusión de este esbozo es que la complejidad cada vez más grande de las relaciones sociales ha creado un derecho cada vez más complicado, menos formulista, quizá en ciertos aspectos y en su principio, que en el pasado; pero compuesto de un fárrago inaudito de disposiciones y de usos legislativos.

En un conglomerado de confusiones y de contradicciones, los ciudadanos no llegan a reconocerse. Una inmensa corporación privilegiada, más y más poderosa dentro del Estado, compuesta de escribanos, abogados, procuradores y toda la fauna legislativa y judicial adquiere su riqueza de la explotación de esta ignorancia inherente al hombre vulgar que desconoce los fundamentos del derecho y de los derechos.

En las luchas judiciales, frecuentemente triunfa el más hábil y no el que tiene poderosas razones para defender su derecho. Así se descubre un manantial de incertidumbre y desmoralización en las relaciones sociales.

La organización del Estado y de los servicios públicos se complica hasta lo inverosímil. Innumerables prescripciones y formalidades gobiernan las actividades individuales; es lógico que éstas traten de eludir todo lo que pueda impedir su independencia o sus combinaciones particulares.

Los fuertes, los poderosos consiguen sobreponerse a todas las restricciones legales. Los humildes deben soportar el peso de las leyes, que desgraciadamente y con harta frecuencia proceden de la más absurda iniquidad.

Después de estas apostillas intrascendentes, alguien puede deducir que mientras el hombre y sus sociedades sean de origen autoritario y deflendan intereses antagónicos entre sí, el derecho jurídico será indispensable, no para corregir, sino para hacer más pavorosa la injusticia social, que está a la vista y que ningún hombre sensato y razonable puede defender dentro de los engranajes del derecho en su más amplia acepción.

COSTA ISCAR

SERRANILLA GRAYA

El milagro griego —uno de los 2 ó 3, que exclusivamente han estupefiado y destepado la Tierra, desde que como una pulga se la sacudió de la abrasada clámide el corusco Helios— se le ha de buscar una explicación, que no nos astille y haga arroz. Tarea al corazón grata reharto, y que lo letifica como unas tarrañuelas; porque por la escalera de este discurrir ceari-ecélsior y anti-zorriondo, se sube hasta los fluideros más venozos de la humanal sustancia.

Las razones astrólogas, magicinas y sobrenaturales, con que hasta hoy abonó el destipante acontecimiento, han ido a parar al rastro, con todo el surtido ferronal y de chatarra. Hemos de enderezar, pues, nuestra pesquisa, hacia los abrojos de lo físico inesturero e inmaulastre; partiendo de la evidencialidad de que el hombre es una pieza de cacharrería animada; de que lo amasan, construyen y edifican, el pan que come y los vinos divinos que bebe; y de que la Majestad más delirante, no es otra cosa que greda y limo, aunque se quiera hacer pasar sus vanos humos por la más áurea y envellocinada preciosidad cólquica.

Grecia no tiene ni el tamaño de Portugal. No alcanza la talla o el talle de la sexta parte de España. El Atica, con lo geniuda que los ciclopes la forjaron, cabe en el bolsillo de una provincia de Vasconia. Y, sin embargo, ahí llega a su apogeo y su cenit el sentimiento de libertad; por el que el hombre ha dejado el cascarón de langostino que lo revestía y desdignificaba; sin el dote de las sabrosas carnisas camaronerías del preciado molusco. Y la gran maravilla del Helenión, es ese libertario o eleutérico trisque, como allí se decía; antes que el huerto frondoso de letras, artes y filosofía que lo corona.

Han obrado la fascinación, que aún hoy nos trae con el ojo vuelto, en primer o precipuo lugar, la chanfaina de etnia mescolanzante e híbrida, con el más impuro purriaje racial, de mil lactosas, de dorios, jonios, dánaos, aquivos, pelasgos, argivos, etc., que constituyen ese eolio bárbiton charresco; con el más bizarro de los abigarramientos o lodazales y luncheoramas sanguíneos, de que se tiene noticia, fuera del español, que igualmente es otra bazofia de pisto manchego. Y, en 2º término, aunque en función de 1º frecuentemente, soplan su gran alma al pequeño crío a quien damos baile, el potpurri u olla de pelos y colillas de su suelo anárquico, el caos de su simpaticona geografía de manicomio, o como la actual ciencia dice, edafo-logía. Quiero dar a entender el mosaico de aristas, picos hasta pardos, crestas, peines y peinetón, que ilustran su fisonomía serraniega y montaraz, casi cachafaz, en suma, toda ella cuajada de «ca-

seum» y miel en penca, por lo individualísima.

La Hélade no tiene formato de volumen geométrico libresco, alguno; ni menos de cuerpo orgánico o paraorgánico. La que cuentan creadora de medidas y se nos vende como extraordinario, es cardinalmente todo lo contrario en su casa solariega y en su natural más genuina. Vomita desenfado. Es la desproporción misma; lo asimétrico más irrepresso; un grito de protesta estridente y desodontológico, en el día y la noche geológicos.

La confederación y el conglomerado de Lacedemonia, Eleusia, Arcadia y Beocia; y el orfeón corintio, etolio, focídico, locriense, etc., forman una estrafalaria liga sin broche; un monstruo de figura y finura inclasificables, muy *sui et unici* géneris. Semeja un asistemático pedregal de bloques, rocas, cantiles, moles, macizos y otro bazar, que han escupido o proyectado lejanamente de sí los Cárpatos y los Alpes. Y tiento, porque las montañas es lo que tiene en Grecia lo enormísimo por esencia de la personalidad. Recordad algunos nombres: Pindo, Osa, Pelió, Olimpo, Himeto, Helicón, Parnaso, Citerón, etc.

Mucho más excele el cerro sobre todo, que la hidrografía, que es otro rompecabezas, como la orografía o montuosidad. Es esa una jovial fluvialidad, pluri o multipluvie, que se enzarza en su celular tejido. Una chiquillería alborotadora de torrentes o corrientes insolidarias, infederables, irregimentosas, aunque de grandioso moler. Y átenme ustedes tanto enjambre de moscas por el rabo. Más de los 2 tercios de la helenidad son insulares o peninsulares. Lo continental condescuado es en ella, poco menos que un despreciable residuo.

Ahora bien: la civilización y la cultura, la estética y la dialéctica, florecerán «graciosamente» graciosas, en los espadados del despeñadero, en esos estoques del derrumbe. En la torta de la tierra firme y llana o panaz arriba, se agosta la mies, disgústanse los aliños, baja de estatura el titán encuexado. La altitud destelaraña las rinconeras del cerebro arácnidas; perfecciona los temples fieros, rudos y bravíos. El mar en franquía da perlas. Si lo pasean piratas, expone en costas, puertos, playas y litorales, y bañaderos de ninfas, a todos los asaltos y atracos de la vigilancia estatal. Los ríos oceánicos se desmadran como la reacción. Oficinas nodrizadoras de cánceres teurgo-gladiosos fueron los imperios del Nilo, del Tigris, del Ganges, del Yang-zé, del Misisipi. Los ríos en abanico y destrenzados, que policroman y creman a Partenonia y a España, son disgregales, antiunitarios, destotalizadores; reparten sus aguas, como debiera socialmente estarlo la riqueza. La montaña aislacionista, es la verdaderamente autonomizadora. Engorda rebaños y piaras, pero no los pare. Gre-

EL miedo ha sido siempre un pésimo consejero. Es por él que los mejores deseos, con demasiada frecuencia contenidos, se pierden a causa de un silencio culpable.

El miedo a perder el empleo sume al asalariado en una inacción desastrosa. El miedo a la guerra es el arma que utilizan los dirigentes para apartar, del alma del pueblo, todo conato de acción emancipadora. El miedo a la violencia revolucionaria hace retroceder a buen número de militantes ante el temporal que provocará la expropiación pura y simple, a cargo de los trabajadores, de los medios de producción, reparto y distribución.

Al lado de lo que pueda contener de noble, en la personalidad humana encontraremos siempre un terreno más o menos abonado para el desenvolvimiento de las bajas pasiones. Y el desorden social de nuestro tiempo, favorecedor de la tendencia al mínimo esfuerzo, predispone agradablemente a los espíritus para las soluciones fáciles, perezosas, o sin riesgo aparente, cuando los actos viriles podrían acelerar la realización de un ideal elevado. Los políticos, profesionales de la mentira, saben aprovechar estas flaquezas humanas. Ellos se guardan muy bien de emplear ciertos términos en tanto éstos no adquirieran un carácter inofensivo, a menos que los usen para malograr su significado profundo, que es precisamente lo que les ocurre a los vocablos federalismo y revolución.

Toda fracción política que se precia de ideas avanzadas se reclama de la revolución... sin precisar de cual. Por otra parte, los impostores, comprendiendo el descrédito del Estado, extreman la nota hasta llamarse federalistas, estropeando aún otras bellas fórmulas para mejor vaciar su contenido. Pero existe algo, no obstante, que estos enemigos naturales de la verdadera Revolución se guardan bien de reivindicar para sí: la Anarquía. Lejos de manifestar ternura hacia ella, tratan de convertirla en espantajo, en un símbolo de todo cuanto es contrario a la armonía social. El vocablo anarquía es utilizado

El miedo a la denominación exacta

por Henry BOUYE

por ellos para evocar la ausencia total de organización, con todo lo que esto supone de desolación y ruinas.

Ahora bien; la Anarquía, que ciertamente es la negación más absoluta de toda forma de gobierno — por ser los gobiernos la base suprema de la autoridad constituida —, no niega de por sí la necesidad de la organización. Lo que ella rechaza, con el gobierno, es el mando, la autoridad, oponiendo la obligación contraída por el individuo con la colectividad libremente organizada, a la de la competencia. En Anarquía, la libre asociación, impuesta por las necesidades de la vida, conduce naturalmente a la conclusión de convenciones elaboradas por los interesados, por los mismos que deberían aplicarlas conservando la facultad de modificarlas, de anularlas, o de renovarlas. Aquí hemos de observar que lo que convierte a la ley en fuerza opresiva, es precisamente el defecto de ser elaborada aparte de las actividades que pretenden regular.

La concepción anarquista de las relaciones humanas hace tabla rasa de esta ciencia política con la cual se adornan los acróbatas de la escena gubernamental, puesto que ella ante todo tiene en cuenta la iniciativa popular, de la cual reconoce el valor. ¿Qué sería de esos señores si el pueblo, manual e intelectual, se persuadiera de que se puede pasar sin ellos?) Es por esto que a la voz anarquía, salida de la boca de los apro-

vechados, no evoca más que visiones apocalípticas.

Pero los trabajadores, aquellos cuya situación reclama una transformación completa de la estructura social ¿qué piensan de este vocablo? El sólo hecho de que aquéllos que les engañan usen del mismo quitándole lo mejor de su contenido, ¿es indicado para el militante, cediendo al gusto del día, lo reemplace por unas atenuaciones del género libertario o socialismo libertario? Los políticos de izquierda, más pillos, jugando al mejor postor, se han apoderado ya de estos calificativos para darse un barniz de revolucionarios.

¿No será este punto suficiente para que sean considerados peligrosos tales apelativos? Si el carácter apriori negativo de la voz anarquía aleja aún a los espíritus sanos, pero mal informados, es porque, por lo visto, tienen necesidad de que se les informe. Es esta la labor que les aguarda a los militantes anarquistas y a sus organizaciones.

Es indispensable que luchando por la revolución (por la revolución anarquista), cada cual lo haga con armas dignas, que no le puedan abochornar, pues de lo contrario mal serviría el fin perseguido. Para que la acción efectivamente revolucionaria (dentro de los Sindicatos más que en otras partes) sea orientada en el sentido de la libertad, ella no puede inspirarse más que en el anarquismo, importando proclamar bien alto que es el sólo medio de evitar el confusiónismo que una pueril timidez de lenguaje engendraría fatalmente.

Sería trabajar contra la libertad el disfrazar el pensamiento anarquista con el empleo de un vocabulario tendiente a reducir su alcance, ya que urge preparar los hombres para el esfuerzo gigantesco que les reclamará la sola revolución verdadera: la anarquista.

El miedo al exacto calificativo, como el abuso de ciertos términos, puede ser el inicio de los peores abandonos. Para evitar un tal escollo, tengamos el coraje de denominar las cosas por su nombre verdadero.

cia casi no conoce caminos. Todo el suelo, para ella es vuelo. Eso de enjalar el paisaje con rutas y puentes no se ha hecho para ningún padre peregrino. Fué la soldadería Tiber la que tendió las vías legionarias y de intendencia. Los griegos se comunicaban por laderas, barrancas y vaguadas. E hicieron pedazos la pavería de cuantos la visitaban en faetón o en la hamaca de empavesadas galeras.

Angel SAMBLANCAT

«Los hombres se dejan llevar por palabras y no por hechos. A la posibilidad de hacer tal o cual cosa, prefieren la posibilidad de hablar de tal o cual objeto...»

«Reflexiones de un caballo»



VERSIONES

Caín y Abel

por DENIS

E RASE un negro de cuento de hadas, viejo, viejo, e inocente como un niño.

Todas las desdichas habían pasado por él, y su inocencia perduraba intacta.

Adolescente aún, fué cazado, como una alimaña, en su bosque natal, llevado a la costa, metido en un barco, en montón con otros infortunados como él, y transportado al país en que vivía.

La madre, que había querido oponerse a su partida, fué, sencillamente, asesinada. En cuanto al padre, había sido cazado también hacía mucho tiempo, cuando él comenzaba a dar sus primeros pasos.

En el país en que vivía fué sometido, como esclavo, a trabajos para los que no había nacido. Duros, duros trabajos. Y una comida escasa, la suficiente para no morir. Y un lecho en común con los animales. Era toda su vida. Más los castigos. Implacables: por un olvido sin importancia, por una negligencia insignificante, por un descuido infantil, por un error explicable, porque sí.

Cuando tuvo veinte años, conoció el amor. Una adolescente, hija de un compañero de esclavitud, se complacía en su compañía. Y llegó a ser para él todo: el padre que no había conocido,

la madre que había sido asesinada, las hermanas que habían quedado en el bosque, el bosque mismo, sus árboles, sus fuentes, el canto de sus pájaros, sus altas hierbas y la tierra y el olor de la tierra. Se sentía transportado, junto a ella, a su infancia, y a los lugares donde su infancia, feliz, había transcurrido.

A un vecino del amo le gustó la adolescente. Y el amo se la vendió. No volvió a verla. Todos los campos que conocían sus sudores conocieron además, desde entonces, sus lágrimas. Era un llanto callado, dolorido, que conmovía hasta a los animales, sus compañeros de labor y de lecho.

No miró jamás a otra mujer. Atravesaba la vida solo, metido en sí, sin odiar a nadie: ni siquiera al amo que le castigaba, no pocas veces, por capricho. Le miraba, cuando le miraba, como desde otro mundo, con toda su inocencia. Lo que sentía por él iba mucho más allá de él. Era algo profundo, inmenso, pero confuso, que no sabía expresar. Y que se extendía, dando saltos en el tiempo, a todos los antepasados del amo y a todos sus descendientes. Y más aún: a todos los hombres de la raza del amo.

Con el paso de los años no soportó otra compañía que la de los adolescentes: recuerdo vivo de su

único amor. Y les hacía, para su gozo, dulces canciones de amor y de danza. Primorosas, inocentes canciones, empapadas de la nostalgia de su bosque natal. Las más inocentes eran tan trágicas — no hay tragedia sin inocencia —, que se las guardaba para sí. No quería añadir dolor al dolor.

Llegó un tiempo en que no pudo ya trabajar. Fué vendido por unas monedas. Y en lo sucesivo pasó de mano en mano, cada vez por menor número de monedas. Se le utilizaba para menudos quehaceres. Y hasta los más menudos quehaceres llegaron a fatigarle. Era viejo, viejo, y sus fuerzas se habían agotado. Afortunadamente, los días eran ya cortos, días fugaces de la ancianidad, no aquéllos más eternos de la infancia en los que había tiempo, desde el amanecer al crepúsculo, de descubrir el mundo.

Seguía no complaciéndose, dondequiera que se encontraba, sino junto a las muchachas, a las que procuraba endulzar, con sus canciones, la desdicha de su vida. Y a veces surgía de sus labios, con la pureza del agua de un manantial, el relato de sus amores, al que se mezclaba, con no menos pureza, el de su infancia, que traía tras sí el de su captura, el del asesinato de su madre. No se

veía odio en sus relatos. Se notaba algo más grande, más poderoso, no se sabía qué.

A través del canto de los pájaros, y del murmullo de los árboles, y de la sonrisa de las fuentes, que habían hecho de su infancia una fiesta, se alzaba, como un viento de tempestad, el profundo, el inmenso sentimiento que había nacido en él frente a su destino y el de los suyos, y que no acertaba a expresar. Y se sentimiento, no expresado, pero que estaba allí, en toda su grandeza, transfiguraba a las muchachas, las hacía otras, parecía arrancarlas de la existencia miserable que llevaban y transportarlas a no sabían qué regiones donde la vida merecía ser vida.

Por último, el viejo negro, que ya no servía para nada, fue regalado a un pastor, al que costó mucho trabajo admitir el regalo. Era una boca más en su casa. Porque no había que pensar que el pobre pudiera hacer ningún trabajo.

Supo, sin embargo, el viejo negro, que apenas podía ya moverse, ganar el pan que el pastor le daba. Educó a sus hijos. Con sus gestos, con sus palabras, con su inocencia. Pareció olvidarse de

que pertenecían a la raza que miraba desde lejos, y desde arriba, desde muy arriba, con aquel sentimiento no expresado y todavía inefable. La inocencia de los niños le ganó, a él tan inocente. Pareció olvidar que, cuando niño él, hombres de la raza de aquellos niños le habían capturado, y después esclavizado. Y no hizo ya distinción entre las muchachas negras, que acudían como siempre a escucharle y a aprender sus canciones, y los hijos del pastor.

El pastor, que había asistido a la transformación de sus hijos sin darse cuenta de a qué obedecía, acabó por descubrir a qué obedecía. No cambiaron, por ello, sus sentimientos respecto al viejo esclavo. No cambian fácilmente, ni en un pastor, sobre todo en un pastor, tales sentimientos. Solamente se dijo «Es un cristiano sin saberlo. Lástima que sea tan viejo. De otro modo, podría traerle al buen camino».

Intentó traerle, más tarde, a ese camino, viendo que el viejo no se moría.

Toda su vida, el pobre, había estado descarriado. No había hecho mal a nadie, no había capturado a nadie, no había esclavizado a nadie, pero había estado

descarriado. Los que le habían hecho mal, los que le habían capturado, los que le habían asesinado a su madre, los que habían vendido a la adolescente que amaba aún, seguían el buen camino.

Tal fue la conclusión a que llegó el desdichado después de las primeras explicaciones del pastor. Y aquel sentimiento que no podía expresar creció, creció, y se le salía ya del pecho.

El pastor, para dar más fuerza a sus argumentos, comenzó a leer la Biblia al pobre descarriado. Y un día, al llegar a la muerte de Abel, el negro se sintió como iluminado: acababa de encontrar la expresión de sus sentimientos.

—Ya sé, ya sé —murmuró.

—¿Qué sabes? —preguntó el pastor.

—Cain y Abel eran negros.

—No —protestó el pastor.

—Sí, lo sé, lo veo —gritó casi el anciano—. Eran negros, eran negros, eran negros.

El pastor no se atrevió a interrumpirle. Y el anciano continuó:

—Y cuando Cain mató a Abel y Dios le preguntó: «Cain, ¿qué has hecho de tu hermano?», de vergüenza que le dió se quedó blanco.

Vida de CENIT

F. L. de St-Chamond (Loire) (segunda lista)

Ruiz	3 —
González	2 —
Corella	2 —
Sánchez	2 —
Orensana	2 —
Tomé	2 —
Flores A.	2 —
López M.	2 —
López S.	2 —
Vidal	1 —
Pérez	2 —
Flores D.	5 —
Clavero	1 60
Zapata	2 —
Carol	2 —
Martínez	2 —
Verdu	2 —

F. L. de St-Juery (Tarn)

Vispé y Vitals	10 —
F. L. de C. Ferrand (beneficio prensa)	4 25

Nerondes (Cher) (segunda lista)

González	10 —
Pardo	10 —
Morellas	5 —
Santolaria	5 —
Ibars (padre)	7 50
Ibars (hijo)	7 50
Bernabeu	5 —
Bernabeu, de Alger	5 —
F. L. de Nancy —s. lista—	
Pardo	3 —
BG. Espinosa	3 —
Fuson	2 —
R. Melich	2 —
M. Pérez	3 —
A. Pérez	3 —
J. Martínez	10 —
V. Cuenco	3 —
J. Lindo	3 —
M. Barrios	2 —
C. López	3 —
R. Pérez	2 —

J. Díaz	5 —
J. Angulo	3 —
J. Barreto	3 —
A. Martínez, Colombes	5 40
F. L. de Orleans	391 50
F. L. de Bourges	30 —
F. L. de Vierzon	54 —
Rians	25 —
Ibars, Perpignan	5 —
F. L. de St. Henri	80 —
F. L. de Greasque	20 —
F. L. de Roanne	47 —
F. L. de Tarbes	60 —
Núcleo Bélgica	122 64
F. L. de V. de Rouergne ..	87 —
Casado, Tarascon d'Arie ..	50 —
F. L. de Marsella (2 lista):	
Miguel Lafuente	2 —
Honorato García	8 10
Juan Morata	5 —
XX. C.	5 —
Total	1.153 49

LA PENA DE MUERTE

BAJO todos los regimenes autoritarios, llámense demócratas, socialistas, republicanos o totalitarios se aplica la pena de muerte. Hasta entre sus propios representantes. Al fin de las mismas guerras entre los Estados, por la hegemonía política y económica, los vencedores ejecutan a los vencidos, a algunos de los mismos, para cargarles la responsabilidad del conflicto bélico odiado por los trabajadores, del conflicto provocado por todos los gobernantes, sin excepción. La justicia Histórica jamás satisfecha de crímenes, fría, brutal, ahorca, decapita y hasta hace taladrar, inexorablemente, cabezas y corazones de gentes incultas y desheredadas... Pero deja en pie, sin fusilar, la causa que provoca esos daños, la causa para la que los anarquistas pedimos la pena de muerte: la Injusticia.

De tiempo en tiempo les toca el turno a los libertarios que precisamente luchan para acabar con el bandidaje y el crimen en pequeña y gran escala. Sacco y Vancetti, Francisco Ferrer, Flores Magón, etc., etc., no eran bandidos ni asesinos y también fueron sacrificados por la Justicia Histórica.

Constatamos que no van al paredón banqueros ni generales, déspotas ni comerciantes — en el interior de un país — que se enriquece a costa de la miseria de los más, de los trabajadores, a los que hasta intoxican, por ejemplo, con leche adulterada que, además, les hacen pagar como de buena calidad. Sin embargo, a los desgraciados que matan por incultos, movidos por la desesperación del hambre, por verse suprimidos los medios de existencia, teniendo más excusa que los que nadan en la abundancia son sometidos a carecer de todo, a muerte lenta, violenta en las guerras o fusilados.

El derecho a vivir es inviolable. Ningún individuo puede arrogarse el derecho de suprimir a otro. Somos enemigos que el hombre o el Estado maten... Por encima de todos los deberes colocamos el primordial que pedimos se practique en la convivencia social: ¡El respeto a la vida humana!

La muerte de uno ni de mil tiranos no resuelve el problema de armonía social que los anarquistas estamos empeñados en resolver. Este ha de ser previamente resuelto en las conciencias del mayor número de los miembros de nuestra especie. Por eso nos decidimos por la elevación moral del hombre, por despertar el amor al trabajo, por vivir del mismo y no del atraco desde arriba ni desde abajo, por el cultivo de la sensibilidad y de la inteligencia inspirados en la lógica biológica humana, en las necesidades de cada individuo y de todos los individuos pertenecientes a nuestra especie.

Queremos que el número de los seres evolucionados aumente hasta formar torrentes de activi-

dad evolutiva, revolucionaria, capaces de destruir todos los diques de prejuicios religiosos, políticos, de razas y de clases. Si en esa hora de incontenible avance revolucionario algún tirano intenta oponerse a su paso será inevitablemente arrollado por él. Los procesos evolutivos no pueden detenerse ante miserables ambiciones de privilegios personales. Por eso somos revolucionarios.

Si estuviéramos convencidos que exterminando a un hombre sano de cuerpo, pero enfermo de espíritu la sociedad sanara y se moralizara, dudaríamos del valor de nuestro criterio... Más el caso es que la pena de muerte aplicada por los Estados no suprime la inmoralidad ni el crimen... Al contrario, la primera aumenta y el segundo se multiplica.

Algún que otro Estado la suprime de sus leyes escritas... Pero en momentos de irritación vuelven a ponerla en vigencia... Al borrarla de sus códigos de justicia no lo hacen movidos por impulsos humanistas, sino convencidos que, manteniéndola, provocan más muertes de la misma clase que representan.

La existencia de la pena de muerte produce en el llamado delincuente un estado de pánico que le hace cometer monstruosidades. Ya no sólo se esfuerza por exterminar al que se opone a su huida, sino que a todos los que presencian su acción, sean ancianos, mujeres o niños. No quiere que queden testigos que puedan reconocerlo y acusarlo.

Victor Hugo, tenía razón. Hoy, en América, recuerdo que al visitar su casa, en París, que sirve de exposición, bajo la cabeza de un hombre, dibujada en una cartulina, lei el pensamiento siguiente escrito por él con éstos o parecidos vocablos:

«En esta cabeza del hombre abrid surcos amplios y profundos; depositad en ellos las mejores semillas del saber y de la sensibilidad seleccionadas cuidadosamente por el espíritu humano; irrigadla con las más puras corrientes de la sabiduría y de la bondad; cultivadla sin desmayos; cuidadla con cariño y no tendreis necesidad de cortarla.»

Confieso que la emoción que produjeron en mí ser esas palabras me hicieron llorar... Cuánta verdad encierran esas líneas que nunca olvidaré, que en todo instante debieron tener en cuenta mis semejantes. Los anarquistas hacemos nuestra la opinión noble de Victor Hugo.

No pedimos la pena de muerte contra el bandido del camino ni de la ciudad; no podríamos pedirle porque tampoco seríamos capaces de ejecutarla. Ni contra el que roba fuera de las leyes escritas ni contra el que lo hace con creces amparado por ellas.

Pedimos que la Injusticia muera, que la Autori-

Baudelaire, el García Lorca francés

LA Francia de la Libertad clásica y de la Revolución, tuvo su Cervantes, pero fueron necesarios varios colosos del pensamiento, entre ellos Rabelais y Montaigne, para edificar, en la Historia, el monumento colosal que nuestro Manco de Lepanto, que nuestro Cervantes auténtico significa.

También Francia tuvo su García Lorca con Baudelaire; nacido éste en 1821, siéndonos aquél contemporáneo; cerca de cien años separan las fechas de los nacimientos respectivos del García Lorca francés y del Baudelaire español; pero un siglo que es mucho para las vidas materiales, es un soplo solamente para las vidas espirituales, que son eternidad.

Baudelaire y García Lorca, almas gemelas en el arte y en el sentimiento, libaron, como dos abejas afanosas, en la misma flor; en la flor del dolor humano; del eterno sufrimiento; de la constante tortura del vivir; de la miseria honrada.

El título de las obras de Baudelaire, es éste: «Las Flores del Mal», y la obra entera de García Lorca, no es otra cosa que una sabia anatomía del cuerpo enfermo, mejor diríamos infecto, de la parte

dad, el Comercio, la Política, la Religión y la explotación de un hombre por otro hombre sucumban, que no se mantengan en pie las causas que hacen desgraciada a la Humanidad.

Pena de muerte contra los regímenes que engendran la enemistad, el odio, el egoísmo, lo tuyo y lo mío, el privilegio económico y social, la desigualdad en el disfrute de las riquezas naturales y de las producidas por todas las generaciones de los humanos, del dolor social y de las guerras fratricidas.

La Injusticia, y no el hombre, es la que ha de morir. Ella es la que tiene enfermo al cuerpo social y engendra al ladrón y al asesino de abajo y de arriba, lo inmoral y lo cruel...

¡Injusticia!... ¡Al paredón! ¡De rodillas y de espaldas, con los ojos de la maldad vendados para no ver nada de tu horrible y fea faz que lleva impresa las huellas de la crueldad! Los anarquistas te condenamos a muerte. Que no os tiemble el pulso personas de buenos sentimientos. Que el fuego de los corazones y de las mentes evolucionadas la aniquilen.

Para que el hombre no mate más, deje de sentir impulsos exterminadores y se sienta el hermano y no el enemigo de sus semejantes ¡Fuego contra la Autoridad, que es la Injusticia! Y... ¡Viva la Libertad y el Bienestar para todos!

Floreál Ocaña

de la Humanidad que desconoce la generosidad, la nobleza y el supremo goce de realizar el bien.

Las obras de ambos autores son sendos cauterios, sendas barras de hierro candentes que su visión preclara y su audacia aplican a las llagas ponzoñosas de ciertos y determinados ejemplares humanos que no debieran existir, pues sin ellos, la vida valdría la pena de ser vivida; pero, por desgracia, abundan demasiado las flores del mal.

No es nuestro objeto hacer biografías y comparaciones de los hombres, ni hacer paralelos de las antologías de sus obras; solamente pretendemos hacernos eco del sonido de sus voces de humanidad, y hacer constar la exacta coincidencia de sus sentimientos.

Tildaréis de atrevido al autor de estas líneas cuando os diga que es solamente su buena voluntad la que le guía en esta empresa de admiración. Carece de las obras completas de los autores. Solamente algunos trabajos sueltos, y su memoria, que es limitadísima, son los elementos de que dispone para desarrollar su tesis. No obstante, se atreve asegurar, que, una relación de todos los títulos de las obras de uno y otro autor bastaría para demostrar la identidad de su ideario.

Sumamente curioso es este caso de conciencia, máxime si se tiene en cuenta el ambiente en que desarrollaron su obra, tan fundamentalmente distinto; el uno en París, el París brumoso y húmedo, teñido de negro, como ahumado; bordeando un río de agua constantemente turbia y perezosa. El otro en Granada, apellidada la Bella, toda luz, cantares y perspectivas infinitas a través de su ambiente diamantino; con la caperuza blanca del Mulhacén siempre a la vista, como diciendo, que muchas veces, cuando en el corazón hay fuego en la cabeza hay nieve.

Pero, no es al ambiente y a las cosas exteriores; no es a las perspectivas físicas a lo que se refieren y lo que se refieren y lo que en realidad definen las elevadas poesías de estos preclaros autores, sino al alma universal dolorida y sedienta de consuelo; por esto, a través del tiempo y del espacio, sus dardos siguen la misma dirección y consiguen dar en el mismo blanco, el que, por antonomasia no es blanco, que nos creemos ser todo luz, y en realidad, somos, en gran parte, sombra y negrura.

Hemos querido decir que los títulos de las obras inmortales de Baudelaire y de García Lorca, armonizarían entre sí, como las sonatas de los autores eminentes en otros órdenes del arte, pero es necesario que no solamente los títulos, sino las palabras y los conceptos se repiten de manera asombrosa, constituyendo, pudiéramos decir, una

mentalidad única, a pesar de la diferencia de los idiomas en que escribieron sus pensamientos.

He aquí cuatro ejemplos:

Nuestro García Lorca escribe en « Lluvia » :

La lluvia tiene un vago secreto de ternura,
algo de soñolencia resignada y amable.
Una música humilde se despierta con ella
que hace vibrar el alma dormida del paisaje.

Es un besar azul que recibe la tierra,
el mito primitivo que vuelve a realizarse.
El contacto ya frío de cielo y tierra viejos
con una mansedumbre de atardecer constante.

Baudelaire escribe en « Le Jet d'eau » :

Dans la cour le jet d'eau qui jase
Et ne se tait ni nuit ni jour,
Entretient doucement l'extase
Où ce soir m'a plongé l'amour.

La gerbe épanouie

En mille fleurs,

Où Phœbé réjouie

Met ses couleurs,

Tombe comme une pluie

De larges pleurs.

García Lorca escribe en « Romance de la pena negra » :

Los piquetes de los gallos
cavan buscando la aurora,
cuando por el monte oscuro
baja Soledad Montoya.
Cobre amarillo su carne
huele a caballo y a sombra.
Yunques ahumados sus pechos,
gimen canciones redondas.

Baudelaire escribe en « A une dame créole » :

Au pays parfumé que le soleil caresse,
J'ai connu sous un dais d'arbres tout empourprés
Et de palmiers, d'où pleut sur les yeux la paresse,
Une dame créole aux charmes ignorés.
Son teint est pâle et chaud; la brune enchanteresse
A dans le col des airs noblement maniérés;
Grande et svelte en marchant comme une chas-
[seresse,
Son sourire est tranquille et ses yeux assurés.

García Lorca escribe en « Prendimiento de Antonio el Cambario en el camino de Sevilla » :

— Antonio, ¿quién eres tú?

Si te llamaras Cambario,
Hubieras hecho una fuente
de sangre con cinco chorros.

Ni tú eres hijo de nadie,

Ni legítimo Cambario.

¡Se acabaron los gitanos
que iban por el monte solos!

Baudelaire escribe en « La Fontaine de sang » :

Il me semble que mon sang coule à flots,
Ainsi qu'une fontaine aux rythmiques sanglots,
Je l'entends bien qui coule avec un long murmure,
Mais je me tâte en vain pour trouver la blessure.
A travers la cité, comme dans un champ clos,
Il s'en va, transformant les pavés en ilots,
Désaltérant la soif de chaque créature,
Et partout colorant en rouge la nature.

García Lorca escribe en « Romance de la Guardia Civil española » :

Rosa la de los Cambarios
gime sentada a su puerta
con sus dos pechos cortados
puestos en una bandeja.
Y otras muchachas corrian
perseguidas por sus trenzas,
en un aire donde estallan
rosas de pólvora negra.

Baudelaire escribe en « A une mendiante russe » :

Blanche fille aux cheveux roux,
Dont la robe par ses trous
Laisse voir la pauvreté
Et la beauté.

.....
Tu compterais dans les lits
Plus de baisers que de lys,
Et rangerais sous des loís
Plus d'un Valois!
Et cependant tu vas gueusant
Quelque vieux débris gisant
Au seuil de quelque Vefour
De carrefour.

Esta armonía sólo se encuentra en el clima del sentimiento; en el cercado de la Poesía; donde las vibraciones no van al ritmo de los hombres, sino al ritmo de los astros.

ALBERTO CARSI

CERVANTES:

soldado,

escritor

y mártir



I

AL ocuparme una vez más de don Miguel Cervantes Saavedra, quisiera yo decir algo nuevo sobre el particular, tanto de su vida como de su obra: difícil, casi irrealizable empeño. Acaso sea más lo esotérico que lo exotérico sobre Cervantes, lo que se desconoce que lo que se conoce; lo que escapa a la investigación — aun del ojo más zahorí — que lo que asoma a la superficie. Porque alrededor de esta vida, tan diáfana en sí mismo, vemos un halo perenne — el de la miseria que siempre le acompañó — tratando de oscurecerla. Desvelos enormes han costado los descubrimientos cervantinos, y hoy mismo seguirían varios pueblos disputándose por hijo a Miguel de Cervantes si el P. Haedo, arzobispo de Palermo, al describir las penalidades en Argel de los cautivos, mencionando a éste, no hubiera dicho de dónde era. Una incógnita menos que despejar, pero quedan todavía bastantes. Hasta aquí, a los biógrafos, a la profusión en todos los países de cervantinos con solvencia propia — Navarrete, Fitzmaurice Kelly, Rodríguez Marín, Cortejón, Menéndez Pidal, Amezcua, Asensio, Cejador, Pérez Pastor, Joaquín Hazañas, Alonso Narciso Cortés, Cotarelo, Sehevell, Icaza, Paul Grousseau, Homero de Seris, Morell-Fatio, Cirot, Babiniger, Lollis, Hatzfeld, Klemperer, Américo Castro, etcétera —, les ha sido más fácil probar que Cervantes no tomó parte en la guerra de las Azores y que es pura leyenda lo relativo a su prisión en Argamasilla de Alba, de cuyo nombre, por motivos distintos, no quería acordarse, que esclarecer la verdad sobre los primeros años de nuestro ingenio hasta el cumplimiento de los 21. ¿Cursó estudios en la Universidad de Alcalá de Henares? En la de Sevilla asegura el señor Rodríguez Marín que sí: a su vez, Américo Castro niega el ingenio lego de Cervantes con que sus enemigos — los escolásticos, ni que decir tiene — le denominan. Ribetes erasmistas le notan entre otros, llegando a emparentarle culturalmente con las lumbreras universales de la literatura. «Desde sus más tiernos años mostró una gran afición por el estudio, y de muchacho, dice él mismo, recogía cuantos papeles encontraba en la calle». Cervantes columbró su destino de literato asistiendo a la representación de

una obra de Lope de Rueda, al pisar por primera vez un corral — en corrales trabajaban antes los farsantes —, siendo el batihoja o preparador de panes de oro su inicio. Miguel de Cervantes le llama «varón insigne en la representación y el entendimiento, afirma que fué admirable en la poesía pastoril, que ninguno le ha llevado ventaja en ese género entonces ni después, y que, en fin, vistió de gala y apariencia lo que hasta él anduvo pobre y en mantillas, el teatro». De modo, señores, que el P. López de Hoyos, maestro de Cervantes, encontró una mentalidad del todo propicia a la asimilación de conocimientos, si bien las circunstancias no le permitieron progresar lo que Lope de Vega, que a los doce años sabía tanto como sus maestros de primera enseñanza y mostraba las más diversas habilidades: sabía cantar, bailar y manejar la espada». Particularmente a mí todo lo de Cervantes me obsesiona, máxime los enigmas de su vida, batán que tanto grano moliese. Señalaré algunos.

II

Más que las rebuscas de los eruditos acerca de Cervantes son, a mi juicio, los pasos para aproximarse a él de un lector cualquiera, los atisbos platónicos de cualquier lector al margen de la letra de molde. Pero no los sinuosos y mal intencionados de todo tiempo, mucho menos los descabellados con pretensiones de originales, como éste de un tal Montiano Luyando, criticaastro del siglo XVIII, que dice esto de la segunda parte del «Quijote», de otro tal Avellaneda: «No creo que ningún hombre de juicio pueda declararse en favor de Cervantes». Precisamente, con la segunda de su puño y letra desmiente Miguel de Cervantes el dicho «nunca segundas partes fueron buenas». Jamás este enigma ha podido esclarecerlo nadie, y como muy bien señala Babelón, «el bribón de Avellaneda queda dueño de la situación desde septiembre de 1614 en que la susodicha segunda parte apócrifa del «Quijote» aparece. ¿Quién el Alonso Fernández de Avellaneda, natural de Tordesillas, pueblo vallisoletano con 4.000 habitantes, «célebre en la historia por haber residido y muerto en él doña Juana la Loca, por el tratado de límites de 1777 entre las colonias de España y Portugal y por la derrota de los Comuneros»?... Induda-

blemente, la espina se clavaría en el magnánimo corazón de Cervantes, que, aunque ingenio lego, conocía su época y a sus hombres eminentes (por haberlos padecido), pero no dijo esta boca es mía. Que el bollo se coció en caletre escolástico lo prueban el estilo amanerado y el contenido sabihondo. «De Lope de Vega a Tirso de Molina — escribe Juan Babelon — pasando por el doctor Blanco de Paz, el renegado de Argel, el dominico Alonso Fernández, el valenciano Juan José Martí, el poeta aragonés Alonso Lamberto, Ruiz de Alarcón, Bartolomé Lupercio de Argensola, Cervantes lui-même (par un surcroît de ruse), tous les candidats proposés ont été évincés». Aquí hay una omisión: la del P. Luis Aliaga, confesor de Felipe III, caído en desgracia con Felipe IV y desterrado a Huete, que odiaba a Quevedo y a Cervantes. No quisiera, por poner las cosas en claro, enturbiarlas. Lope de Vega es enemigo nada recatado de Cervantes: Cervantes silencia el nombre de Tirso de Molina en el «Viaje al Parnaso» y saca a luz, no sólo a los poetas de primera fila, sino a los de última: los hermanos Argensola escogieron el séquito del conde de Lemos, nombrado virrey de Nápoles, sin que Cervantes formara parte de la expedición. También esto es peor meneallo.

Nunca segundas partes habrán sido buenas, pero sí socorridas. En el prólogo a «La Novela Picaresca», Federico Ruiz Marcuende dice a este respecto: «En 1555 Martín Nuño imprime en Amberes una segunda parte del «Lazarillo de Tormes», sin nombre de autor; de 1620 es otra segunda parte de la expresada obra, impresa en español y en francés por el intérprete de lengua española llamado H. de Luna; en 1617 salió de Zaragoza una imitación, «Lazarillo de Manzanares», cuyo autor fue Juan de Tolosa. Del año 1602 es la falsa segunda parte de las «Aventuras y vida de Guzmán de Alfarache», de Mateo Alemán, que publicó en Valencia el abogado Juan Martí, ocultando su nombre bajo el seudónimo de Mateo Luján de Sayavedra. Vió la luz mientras Mateo Alemán se hallaba encarcelado (por deudas), quien al verse libre tomó cumplida venganza del falso Juan Martí llamándole ladrón, y bellaco en la verdadera segunda parte. Bastante después, el portugués Félix Machado de Silva publicó una tercera parte de «Guzmán de Alfarache». Alano Renato Lesage, francés (1668-1714), que conocía bien el español, tradujo el «Guzmán de Alfarache», el «Estebanillo González», el falso «Quijote» de Avellaneda y el «Diablo Cojuelo». Publicó además, como novela original el «Gil Blas de Santillana», audacia que produjo la indignación del P. José Francisco de Isla, el gran autor de la historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas, alias Zotes, quien en 1787 sacó a luz las «Aventuras de Gil Blas de Santillana robadas a España por Lesage, restituídas a su patria y a su lengua nativa por un español celoso que no sufre se burlen de su nación». Oculta Isla su nombre bajo el anagrama de Joaquín Federico Issalps y demostró que la obra más saqueada por Lesage era la «Vida del Escudero Marcos de Obregón» (del rondeño Espinel), entre otras muchas novelas del siglo XVII». Esto

mismo lo había dicho con ruda franqueza Voltaire.

III

Interesante es todo lo que a Cervantes concierne, unas cosas más que otras, unos sucesos más que otros. El salto a Roma como camarero del cardenal Aquaviva igual pudo determinarlo una falta de juventud — Morán así la califica — que aquel espíritu andariego, a cuyos espolazos obedeció siempre. Cervantes no esperó que le fuese bien en los sitios que le fué mal: en todos. Cuenta entre los hombres desarraigados que ningún nido calientan y que en todas partes son forasteros, sobre todo en su tierra. Con esta tara homérica, de jugar, sino que la vida le disfrazó de comisionado de apremio, vino al mundo. Cervantes llevó a cuestas a Cervantes, su único amigo. El músico Mascagni, en la portada de «Caballeria Rusticana», escribió esta dedicatoria: «A mí mismo». Esta dedicatoria debió ser la del «Quijote», que bien ganada se la tuvo el autor. Con relieves de mesa rica, tal vez con migajas de tinelo, donde la servidumbre come, está pagada. Este gran hombre pretendió hallar en la Naturaleza la expresión de su propio paisaje interior para gozarlo de manera concreta, físicamente. Más que pies tuvo alas con las que se remontó a las alturas, pues el peso de la moneda le estorbó poco. El rodar de Cervantes y el vagabundaje de San Pablo, teniendo distintos fines, se parecen: al uno lo lleva y lo trae la vida, al otro lo despaciencia e intranquiliza el Evangelio. «Hubiéranle soplado vientos de fortuna — dice Ricardo León —, y quizás no tuviéramos el inmortal «Quijote». El inmortal «Quijote» del inmortal Cervantes es un libro robado a las agonías del vivir, escrito por etapas de dolor en cárceles, mesones, cuarteles, hospitales, antecámaras y habitáculos de la peor laya. Vamos en seguida a detenernos en este enigma, de mucha más cuantía que su viaje a Roma por una falta de juventud, no obstante lo que de tal primera salida se desprende: una sentencia de los tribunales dictada en 15 de septiembre de 1569 contra miguel de Zerbantes, con zeta y be, condenándole anticipadamente a manquedad por heridas causadas a persona de gran supuesto: su alistamiento en el Tercio de Miguel de Moncada, compañía de Diego de Urbina, y en la batalla naval de Lepanto que tomó parte (en el navio «La Marquesa», mandado por Barbarigo) las graves heridas en el pecho y el destrozo de la mano izquierda; la cabeza de la goleta «Sol» en la que regresaba con su hermano Rodrigo a España, y, como consecuencia, el cautiverio de Argel, largo, penosísimo. Lo posterior a todo esto son sarcasmos de la vida que obligan a Cervantes a llorar por dentro y a sonreír por fuera. Dejemos ese probable episodio de su juventud, muy propio de la época. Un desafío, del que salió vencedor, obligó a Lope de Vega a abandonarlo todo, incluso a su esposa, para huir a Valencia: y Quevedo matando al hombre que abofeteó a una dama en la iglesia de San Martín de Madrid, expatrióse acto seguido. Cervantes tuvo una religión, una mística: el héroe, siendo él mismo, de grado y por fuerza, su propio héroe.

J. M. PUYOL

MICROCULTURA

401. — En materia de Demografía, se anuncia que la población mundial se elevaba a mediados de 1956, a 2.737 millones de personas, contra 2.652 en 1954 y 1.810 en 1920.

402. — Los depósitos de uranio más ricos del mundo se calcula que son los de Agua da Plata, en el Estado de São Paulo, Brasil.

403. — Se entiende por «campaniforme» a lo que se parece a una campana.

404. — La URSS cuenta actualmente (1958) un poco más de doscientos millones de personas.

405. — En Cuba se coleccionaron lagartos que al parecer son inmunes a las balas, pues se encontró uno vivo que tenía 22 proyectiles en el cuerpo.

406. — El escritor W. M. Thackeray fué quien escribió «Feria de Vanidades».

407. — La diferencia entre un barco bien pintado y otro mal pintado puede significar medio nudo de velocidad para igual energía.

408. — Se calcula que viven en Asia 1.514 millones de personas.

409. — La velocidad de la corriente marítima de Humbolt es de 12 kms. por hora.

410. — Se llama elicio al animal que se alimenta principalmente de frutos.

411. — De los huevos de una especie de rana cubana, salen ranitas, no renacuajos.

412. — Las tres Américas tienen actualmente, 374 millones de habitantes.

413. — En Canadá, sobre el río de Peribonka, se está terminando de construir una fábrica de energía eléctrica subterránea, capaz de generar un millón de caballos de fuerza.

414. — Un número cada vez mayor de microbios, está desarrollando resistencia a los antibióticos tales como la penicilina.

415. — El 7 de mayo de 1833 nació el gran compositor alemán Johannes Brahms.

416. — El Brasil exporta actualmente grandes cantidades de té.

417. — Europa (1958) tiene, según las estadísticas demográficas, 412 millones de personas.

418. — Las pérdidas de vidas humanas por accidentes son anualmente mucho más numerosas, que el total provocado durante toda la guerra de Corea.

419. — Un «dauco» es una zanahoria silvestre.

420. — África tiene actualmente 220 millones de personas.

421. — Después de haber escrito poemas vibrantes contra la religión, el poeta lusitano Guerra Junqueiro, cantó en «Los Simples», la vida resignada de los campesinos cristianizados.

422. — Si se suministra un kilo de azúcar a un cerdo antes de sacrificarlo, es posible aumentar el peso del hígado en un 20 por 100.

423. — El monte Jurra (Navarra) es lugar de peregrinación anual para los fanáticos carlistas que pululan en España.

424. — Cerca de Portrush (Irlanda del Norte) está la famosa Calzada del Gigante (Giant's Causeway), maravilla geológica única en el mundo. El colorido de las rocas es magnífico.

425. — Jean Honoré Fragonard (1732-1806) fué el más grande decorador de su época. En el Museo de Arte de Londres se guarda su hermosa cuadro «El Columpio».

426. — Uno de los mejores narradores de Norteamérica fué sin duda N. Hawthorne, del que circulan en castellano sus hermosos «Cuentos de la Nueva Holanda».

427. — La segunda ciudad más populosa de los Estados Unidos es Chicago, con cinco millones y medio de habitantes aproximativamente.

428. — Ictiófago: que se alimenta de peces.

429. — El cometa más brillante observado en este siglo fué el de Halley, cuya última aparición ocurrió en 1910.

430. — Eddie Cantor ha dicho de Israel: «Si le tiras una piedra a un judío, la recoge y empieza a construir».

431. — El principal país minero de Sudamérica es Chile, que produce las dos terceras partes del total del continente.

432. — «La Venus del Espejo», hermosísimo cuadro de Velázquez (1599-1660), insuperado en la pintura de los delicadísimos tonos de la carne humana, se exhibe en el Museo de Arte londinense.

433. — El río más largo de Irak es el Eufrates, de 1.700 millas de longitud.

434. — El diámetro de la Tierra es de 12.740 kms.

435. — El Cabo de Buena Esperanza fué descubierto por el navegante portugués Bartolomé Díaz.

436. — Enrique Ibsen, dramaturgo noruego, fué la figura más importante del teatro europeo en la segunda mitad del siglo XIX.

437. — Las «icadas» eran unas fiestas que celebraban los epicúreos el 20 del mes de Gamelión.

438. — El río más largo de Birmania es el Salween, de 1.750 millas de longitud.

439. — La ciudad más cosmopolita de América del Sur es Buenos Aires.

440. — Ictino fué el arquitecto griego que construyó el Partenón de Atenas.

441. — El «Desierto de las arenas negras» es el de Kara Kum, en el Turkestan ruso.

442. — El mes lunar tiene 29 días.

443. — Leif Ericsson, navegante noruego, descubrió en 1001, la península del Labrador.

444. — Dinamarca es el país de Europa donde ocurre la acción de «Hamlet».

445. — Un icosaedro es un polígono de veinte lados.

PROSA DE AYER Y DE HOY

Sobre la sociedad

Es cosa generalmente reconocida que el hombre es «animal social», y yo, que no concibo que las cosas puedan ser sino del modo que son, yo, que no creo que pueda suceder sino lo que sucede, no trato por consiguiente de negarlo. Puesto que vive en sociedad, social es sin duda. No pienso adherirme a la opinión de los escritores malhumorados que han querido probar que el hombre habla por una aberración, que su verdadera posición es la de los cuatro pies, y que comete un grave error en buscar y fabricarse todo género de comodidades, cuando pudiera pasar pendiente de las bellotas de una encina el mes, por ejemplo, en que vivimos. Hânse apoyado para fundar semejante opinión en que la sociedad le roba parte de su libertad, si no toda: pero tanto valdría decir que el frío no es cosa natural, porque incomoda. Lo más que concedemos a los abogados de la vida salvaje, es que la sociedad es de todas las necesidades de la vida la peor: eso sí. Esta es una desgracia, pero en el mundo feliz que habitamos casi todas las desgracias son verdad; razón por la cual nos admiramos siempre que vemos tantas investigaciones para buscar ésta. A nuestro modo de ver no hay nada más fácil que encontrarla: allí donde está el mal, allí está la verdad. Lo malo es lo cierto. Sólo los bienes son ilusión.

Ahora bien; convencidos de que todo lo malo es natural y verdad, no nos costará gran trabajo probar que la sociedad es natural, y que el hombre nació por consiguiente social; no pudiendo impugnar la sociedad, no nos queda otro recurso que pintarla.

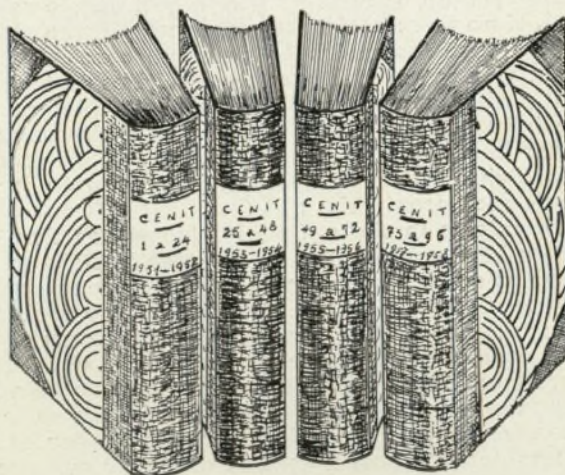
De necesidad parece creer que al verse el hombre solo en el mundo, blanco inocente de la intemperie y de toda especie de carencias trate de unir sus esfuerzos a los de su semejante para luchar contra sus enemigos, de los cuales el peor es la Naturaleza entera; es decir, el que no puede evitar, el que por todas partes le rodea; que busque a su hermano (que así se llaman los hombres unos a otros, por burla sin duda) para pedirle su auxilio: de aquí podría deducirse que la sociedad es un cambio mutuo de servicios recíprocos. ¡grave error! Es todo lo contrario: nadie concurre a la reunión para prestarle servicios, sino para recibirlos de ella: es un fondo común donde acuden todos a sacar, y donde nadie deja, sino cuando sólo puede tomar en virtud de permuta. La sociedad es, pues, un cambio mutuo de perjuicios recíprocos. Y el gran lazo que la sostiene es, por una incomprensible contradicción, aquello mismo que parecería destinado a disolverla; es decir, el egoísmo. Descubierto ya el estrecho vínculo que nos reúne unos a otros en sociedad, excusado es probar dos verdades eternas, y por cierto consoladoras, que de él se deducen: primera, que la sociedad, tal cual es, es imperecedera, puesto que siempre nos necesitaremos unos a otros; segunda, que es franca, sincera y movida por sentimientos generosos, y en esto no cabe duda, puesto que siempre nos hemos de querer a nosotros mismos más que a los otros.

MARIANO JOSE DE LARRA

POR FIN

la colección de los ocho primeros años de «CENIT»
¡Una verdadera enciclopedia ecléctica!

Solicitado insistentemente por algunos lectores, nos hemos decidido a encuadernar la colección de la revista tal como el gráfico que reproducimos :



Textos variados y selectos de sociología, ciencia, literatura. La enciclopedia que no debería faltar en ninguna sala de estudio. Una obra que, por ser de exilados, y en el período de dificultades en que ha visto la luz, reviste mayor importancia. Ella sola marca ya un jalón interesante de los muchos del exilio español y revolucionario.

Cuatro magníficos tomos encuadernados en cartón y tela-registro, color verde oliva, grabados en oro.

Precio de un tomo	3 000	francos
— dos tomos	5 500	—
— tres tomos	8 000	—
Los cuatro tomos	10 000	—

Descuento de 15 %. Franco de porte.
Pedidos a nuestro Servicio de Librería.